

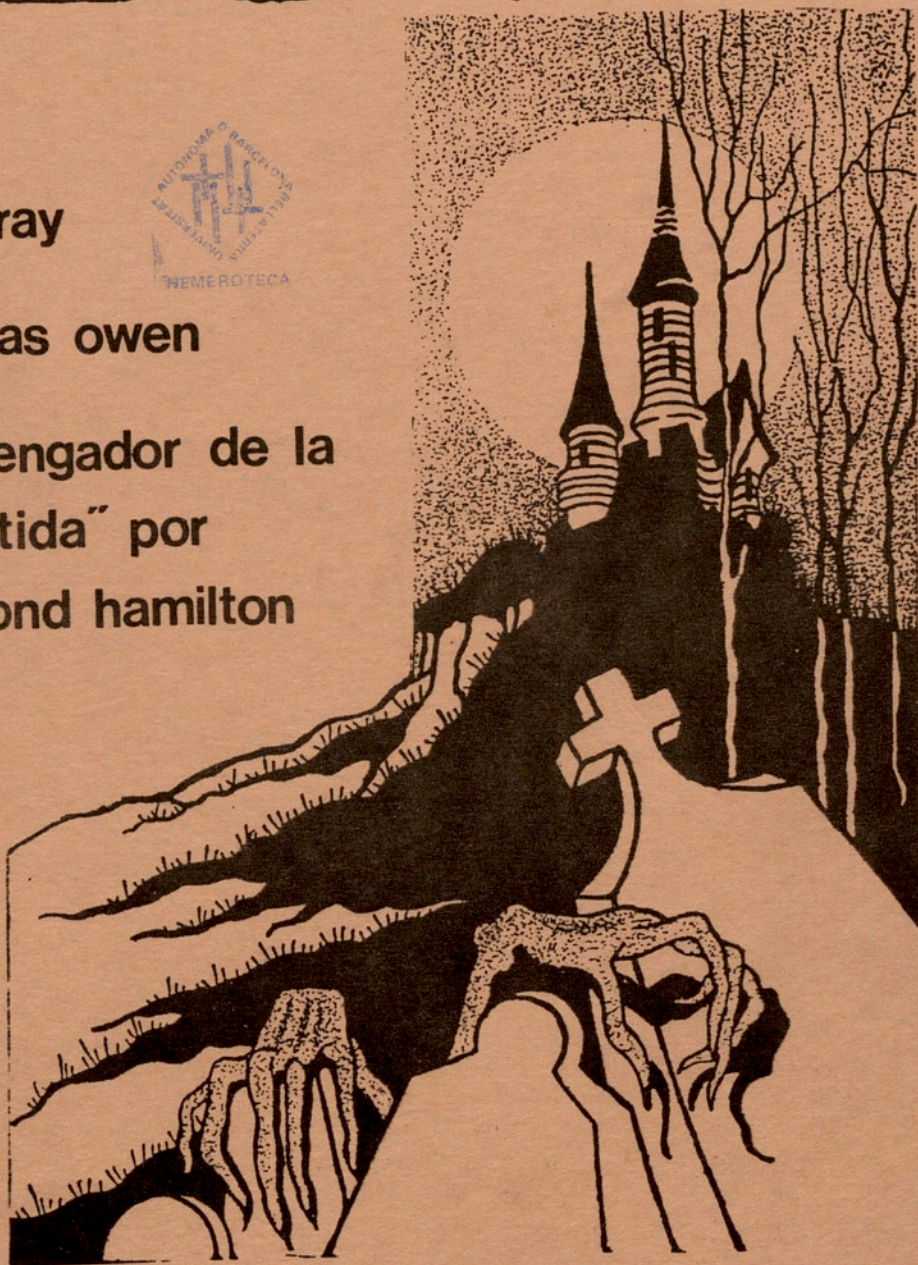
EL GRITO

jean ray



thomas owen

"el vengador de la
atlántida" por
edmond hamilton



HORROR Y AVENTURAS

EL GRITO Aventuras Horror Fantasía - Madrid. Nº 0
Otoño 1986.

Edita: Joaquín Palacios Albiñana. C/Portalegre, 70
b.dcha. 28019-Madrid. Tel. 2-60-30-65.

Colaboración especial de Federico y Jesús Palacios.
Portada: Ilustración de N. M. Beale.

Rotulación: M^a Jesús A. Lorencio.

EL GRITO se publica sin ánimo de lucro, como medio
de difusión de la literatura fantástica.

S U M A R I O :

- Pág. 3.- Gritos.
" 4.- Ceremonial nocturno. Thomas Owen. (Trad.
del francés, J.P.A.)
" 8.- La Historia que el Gato no te contará.-
Federico Palacios Trigo.
" 9.- Smith... como todo el mundo.- Jean Ray.
(Trad. del francés, J.P.A.)
" 12.- Mujina.- Lafcadio Hearn.
" 14.- El Cuervo.- H. Thomson.
" 21.- La Sibila de Sari.- Emilio Carrere.
" 23.- Los Herederos.- Joaquín Palacios.
" 25.- De La Calavera de Cupido.- J. G. Posada.
" 26.- Los Maestros de la Aventura Fantástica:
Edmond Hamilton.- Jesús Palacios Trigo.
" 29.- El Vengador de la Atlántida.- E. Hamilton.
" 49.- El banco y la puerta.- Jean Ray. (Traduc.
del francés, J.P.A.)
" 51.- El Velatorio.- Joaquín Palacios.
" 54.- Gritos... más gritos.
" 55.- Gritadoras. Índice de ilustraciones. Últi-
mo grito por ahora...

=====

El editor no se identifica necesariamente con las
opiniones o ideas sustentadas en cada texto por su
autor.

Nos hacemos responsables -!cómo no!- de las faltas
y errores que puedan encontrarse, contando con la in-
dulgencia del lector.

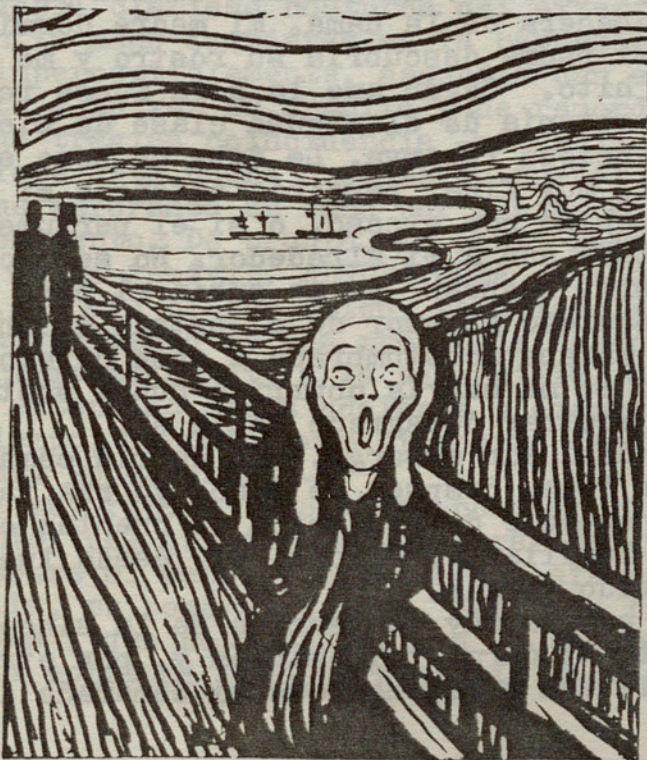
Escribidnos comentarios y sugerencias.- Gracias.

GRITOS

En las páginas que siguen vais a encontrar frecuentemente el grito. Grito de pavor, de disgusto, de sorpresa. El grito sonoro y penetrante, con lúgubres ecos, que causa terror a quienes lo oyen; el grito mudo, hacia adentro, que se estrangula a sí mismo, incapaz de aflorar al exterior. Espero, con fío que no gritéis vosotros por esto. No obstante, os recomiendo lo penséis bien antes de poner os en solitario y de noche a leer alguna de las historias aquí incluidas. Puede perturbarse muy seriamente vuestro sistema nervioso con alguno de tales gritos. Por favor, en modo alguno me culpéis luego si os falla el corazón.

Y ahora, os dejo con "El Grito".

(A propósito, la ilustración corresponde a una litografía muy célebre y expresiva del no menos famoso Edvard Munch, realizada en 1896. El artista la tituló "El Grito").-



EL GRITO Aventuras Horror Fantasía - Madrid. Nº 0
Otoño 1986.

Edita: Joaquín Palacios Albiñana. C/Portalegre, 70
b.dcha. 28019-Madrid. Tel. 2-60-30-65.

Colaboración especial de Federico y Jesús Palacios.
Portada: Ilustración de N. M. Beale.

Rotulación: Ma^a Jesús A. Lorenzo.

EL GRITO se publica sin ánimo de lucro, como medio
de difusión de la literatura fantástica.

S U M A R I O :

- Pág. 3.- Gritos.
" 4.- Ceremonial nocturno. Thomas Owen. (Trad.
del francés, J.P.A.)
" 8.- La Historia que el Gato no te contará.-
Federico Palacios Trigo.
" 9.- Smith... como todo el mundo.- Jean Ray.
(Trad. del francés, J.P.A.)
" 12.- Mujina.- Lafcadio Hearn.
" 14.- El Cuervo.- H. Thomson.
" 21.- La Sibila de Sari.- Emilio Carrere.
" 23.- Los Herederos.- Joaquín Palacios.
" 25.- De La Calavera de Cupido.- J. G. Posada
" 26.- Los Maestros de la Aventura Fantástica:
Edmond Hamilton.- Jesús Palacios Trigo.
" 29.- El Vengador de la Atlántida.- E. Hamilt
" 49.- El banco y la puerta.- Jean Ray. (Tradu
del francés, J.P.A.)
" 51.- El Velatorio.- Joaquín Palacios.
" 54.- Gritos... más gritos.
" 55.- Gritadoras. Índice de ilustraciones. Últi-
mo grito por ahora...

=====

El editor no se identifica necesariamente con las
opiniones o ideas sustentadas en cada texto por su
autor.

Nos hacemos responsables -!cómo no!- de las faltas
y errores que puedan encontrarse, contando con la in-
dulgencia del lector.

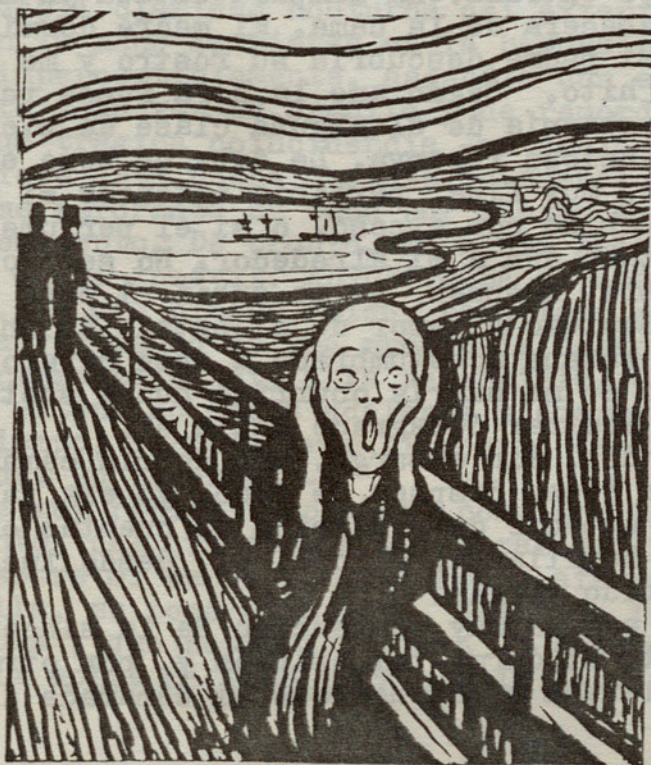
Escribidnos comentarios y sugerencias.- Gracias.

GRITOS

En las páginas que siguen vais a encontrar frecuentemente el grito. Grito de pavor, de disgusto, de sorpresa. El grito sonoro y penetrante, con lúgubres ecos, que causa terror a quienes lo oyen; el grito mudo, hacia adentro, que se estrangula a sí mismo, incapaz de aflorar al exterior. Espero, con fío que no gritéis vosotros por esto. No obstante, os recomiendo lo penséis bien antes de poner os en solitario y de noche a leer alguna de las historias aquí incluidas. Puede perturbarse muy seriamente vuestro sistema nervioso con alguno de tales gritos. Por favor, en modo alguno me culpéis luego si os falla el corazón.

Y ahora, os dejo con "El Grito".

(A propósito, la ilustración corresponde a una litografía muy célebre y expresiva del no menos famoso Edvard Munch, realizada en 1896. El artista la tituló "El Grito").-



CEREMONIAL NOCTURNO

Por Thomas OWEN

Todos los crujidos,
los ruidos nocturnos, la vi
da secreta y rechinante de
los pisos, encuentran en -
él un observador tan vigi-
lante como infalible.

Bruno Schulz.-

Jamás mi padre me exigía una hora determinada - para regresar de mis salidas nocturnas. Únicamente, al volver a casa tenía que hacerle saber mi presen- cia, para lo cual daba unos golpecitos en la puerta de su dormitorio.

Con una voz brusca, mi padre decía: "¡Sí!", y en tonces yo entraba. Una lámpara estaba ya alumbrando - en la cabecera de la cama. Mi madre dormía apacible- mente. Mi padre descubría su rostro y me miraba de - hito en hito. Según que la hora fuese razonable o - tardía, obtenía de él alguna clase de bienvenida o - una silenciosa reserva. Le daba un beso en la frente Su nariz, muy fina, percibía entonces si yo había fu mado o bebido con exceso, o si el perfume de una mu- jer flotaba aún a mi alrededor. No se pronunciaba u- na palabra. Después, yo me subía al piso superior, fe- liz o inquieto a tenor de mi estado de ánimo.

Ya estaba acostumbrado a este ceremonial noctur- no, y no se me habría ocurrido nunca sustraerme al - mismo o mostrar desagrado hacia él.

Un día, sin embargo, uno de mis camaradas hizo- me notar "que, después de todo, yo era ya mayor", y que esa especie de rendición de cuentas ofrecía un aspecto humillante, al cual él, desde luego, no se ha- bría sabido plegar.

No estaba muy convencido de la sinceridad de su propósito al darme tal opinión y, por otra parte, to- do me llevaba a suponer que mi camarada disfrutaba -

él mismo de menor libertad que yo. No obstante, me picó en lo vivo, y decidí romper, en la primera ocasión, con una tradición por la que podía ser juzgado adversamente.

Una noche -esta vez era, realmente, muy tarde- regresaba de un baile en el que, por cierto, me había aburrido. Abrí la puerta de la casa con precaución y cerré suavemente tras de mí. Sin dar la luz en el corredor, para evitar el ruido del interruptor, me descalcé prudentemente. Paso a paso, palpítandome el corazón, empecé a subir la escalera en tinieblas.

El gran reloj del hall emitía su tic-tac familiar; pero este sonido, en aquellas circunstancias, llenaba la casa de una solemnidad insólita.

A la puerta de la alcoba de mis padres, me me tuve vacilante. Sentíame como avergonzado por lo que estaba haciendo. A través de la pared, parecía me sentir la respiración algo fuerte de mi padre. Proseguí de mala gana, abordando la segunda ronda de escalones. La oscuridad era total; ninguna ventana aportaba a mi lenta ascensión el concurso de alguna débil claridad nocturna del exterior.

Con la mano izquierda en la barandilla, que -crujía imperceptiblemente, ascendía con el corazón rebosante a la vez de orgullo y de remordimiento.

-!Qué trágica coincidencia -me decía-, si mi padre muriese esta noche durante su sueño!

Y me esforzaba en vano por alejar tan terrible pensamiento. De pronto, me sentí helado de espanto y quedé inmóvil. ALGUNA COSA bajaba a mi encuentro. No oía ningún ruido, pero todo mi ser me estaba advirtiendo de una presencia desconocida. La mano firmemente sujeta a la barandilla, el brazo -derecho extendido hacia adelante y dispuesto, al mismo tiempo, a protegerme el rostro de un repentino ataque, yo esperaba...

Fue muy rápido todo. Hubo como un ligero deslizamiento, del que sentía la vibración, y, súbitamente, sobre mi mano, completamente aferrada a la barandilla, se posó otra mano, del todo fría, una mano "SOLA", que no pertenecía a un cuerpo, que pasó suelta sobre mi puño para seguir descendiendo

en las tinieblas.

Después que "aquello" hubo pasado, la sensación de tener ante mí alguna cosa desapareció de pronto. No sentía ya la necesidad de defenderme de algo des conocido, pero permanecí helado de horror y todavía al cabo de tantos años del suceso guardo de éste un indecible mal recuerdo.

¿Cuánto tiempo estuve así, inmóvil y lleno de - pavor? Sin duda, tan sólo debieron transcurrir escasos segundos; pero en aquellas circunstancias no tu ve noción exacta del tiempo.

La voz de mi padre me llegó desde abajo. - "¡Sí! - exclamó con brusquedad. De nuevo, con impaciencia: ¡Sí!"

Desciendo hasta su alcoba, y entro, puesto que él me ha invitado. La lámpara está encendida. Mi padre me aguarda.

- ¿Por qué has tardado tanto, después de llamarte? ¿Te has vuelto sordo?

Pero al notar lo alterado de mi semblante, mi padre se inquieta.

- ¿Algo no va bien?

Se endereza bruscamente en el lecho, y mi madre despertándose, da un grito que aumenta lo insólito del momento.

- Sí, sí; todo va bien - respondo, con la garganta seca.

- Estás verde - dice mi padre.

- ¿Qué hora es? - pregunta mi madre.

Mi padre la calma con un gesto, y luego se cubre nuevamente con la manta, tapándose hasta el men tón.

Le beso en la frente. Siento en ese instante - con qué intensidad intenta él adivinar; sin embargo no dice una palabra más. Me retiro trastornado, luego, tardaría mucho en dormirme.

En adelante, el ceremonial nocturno siguió desarrollándose sin la menor alteración hasta el momento en que, para casarme, dejé la casa de mis pro genitores.

Pero nunca jamás, desde hace ya treinta años, he vuelto a subir una escalera en la oscuridad.



LA HISTORIA QUE EL GATO NO TE CONTARA

Por Federico PALACIOS TRIGO

Sobre una colcha de granate tachonada de estrellas doradas y soles pálidos, yacía el gato. Era un felino de pupilas brillantes, llenas de experimentados enigmas, de ondulada gueudeja, suave, fina al tacto, sensual a la mirada; recogidas sobre sí sus patas, erguida la somnolienta cabeza, pachá de lejanas leyendas orientales, dominaba, amo y señor, el ambiente de la alcoba. Alcoba de regios tapices y cama endoselada donde yacieron príncipes, amantes de trágicos destinos y seductores libertinos. En sus paredes, un tapiz destaca entre otros; su perfección y la escena en él representada impresionan sobremanera.

El gato mira fijamente en dirección al tapiz. En su hocico parece - dibujarse una extraña sonrisa entre burlona y melancólica.

Ahora, cuando el crepúsculo ocultó ya suavemente al sol, y la noche se extiende, marea de negro y espuma de estrellas, la alcoba, el gato y los tapices parecen cobrar sobrenatural animación.

Un aliento de perfume embriagador recorre los pliegues de la colcha y los rincones más ocultos, enervando el ambiente, que se torna tenso. Luego, una calma tan sobrenatural como el perfume, cae aplastándolo todo; suena el eco de un reloj de carillón, campanadas lúgubres; y en la alcoba resuenan gritos de horror, jadeos de placer y un sobrenatural - aullido.

Si estuvieras en el cuerpo del gato verías las alfombras persas teñirse de sangre y de fuego las paredes; verías también el cuerpo yacente, mancha carmesí, de un hombre, y a su lado el de una mujer desnuda abrasado en llamas. Pero si esperas que el mayestático felino te cuente la historia que se desarrolla, cada noche, en la alcoba, no lo conseguirás. A los gatos no se les seduce: seducen.



SMITH... COMO TODO EL MUNDO

Por Jean RAY

En un modesto café de Bermondsey, Mr. Still y Mr. Giskett, profesores del vecino St Thomas-College, no sabiendo ya de qué hablar, agotados todos los temas de conversación, abordan una cuestión tan vieja como los siglos y calificada de inútil y ociosa.

Se trata de la cuadratura del círculo.

-Eso como lo del movimiento perpétuo -opina Mr. Still, encogiéndose de hombros.- Y para qué citar siquiera la historia de la piedra filosofal...

El profesor Giskett, que, por las apariencias, gusta de los pensamientos originales, ya que no de las paradojas, dice gravemente:

-El problema roza la pesadilla einsteniana... Está peligrosamente situado entre las nociones matemáticas de lo ilimitado y de lo infinito... Con Pi...

-Yo no enseño las "mat" -gruñe Still-, pero sé muy bien que esto no conduce a nada.

-Saber -aduce su colega.- Pues hay sabios, y muy notables, que son del parecer de que, una vez resuelta la cuestión, quedaría violado el último baluarte de Dios.

En ese instante, un individuo bajito, después de apurar su vaso, se levanta de la mesa vecina, saluda respetuoso a los dos profesores, y dice:

-Nada es más cierto, señores míos.

Dicho lo cual, deposita una moneda sobre el mostrador y abandona el establecimiento.

-¿Quién es ese "olibrius"? -interroga Mr. Giskett al tabernero.

-Se trata de un pequeño comerciante de Russel Street. Un tal Smith, según creo.

-Smith, como todo el mundo -dice riendo Mr. Still.

=====

Al llegar a su tienda, Mr. Smith despide a la vecina que, durante sus breves ausencias, cuida de ella. Le entrega un buen trozo de carne de buey y algunas mercancías, compensando sus atenciones, y él pasa a instalarse en la trastienda, pieza que le sirve de comedor, salón y oficina, todo a la vez.

Una voccecita crepitante le da la bienvenida:

-¡Buenos días, Mr. Smith!

-¡Buenos días, Mrs. Hipp! -responde el detallista a la alegre cotarrera azul, que da brincos en su jaula dorada.

Luego, se acomoda ante la mesa, llena de papeles; aparta una regla de cálculo y una tabla de logaritmos, y se pone a escribir:

"Señores Headmost & Co.,

Por la presente, les acuso recibo de un paquete marcado C.L. 317, cuyo contenido no responde a mi encargo del 2 de los ctes.

Les ruego tengan a bien admitir su devolución, y acepten... "

-¡Tiene mucha gracia llamarse Headmost! (1) -refunfuña, cerrando la carta, que manda desdeñoso al otro extremo de la mesa.

De un buen montón de facturas y prospectos separa un cuaderno escolar, repasa atentamente sus páginas, cubiertas de cifras y de signos -



algebraicos, y encontrando al fin una hoja en blanco, escribe en ella:

"Un pensamiento no se reintegra a la jaula de la que ha salido y su creador no puede hacer nada en contra de su evasión.

Abandonado a sí mismo, si posee fuerza suficiente, tomará cuerpo en el Espacio y en el Tiempo. Si carece de una eficaz defensa, caerá ante los salteadores de los Infinito.

Tanto peor si se le considera temible; en tal caso encontrará siempre, sobre el plano hipergeométrico, un demiurgo que se apoderará de él y, si es necesario, lo dirigirá contra sus autores."

-Dame unos céntimos de... -rechina una voz en la penumbra de un rincón.

-¿De qué, Mrs. Hipp? -pregunta Mr. Smith.

-De... de... de... -farfulla la cotorra.

Mr. Smith, coge de nuevo la pluma:

"Los aforismos más sabios pueden volverse como una cofia.

Que Dios hace locos a los hombres que quiere perder.

Pero, ¿y si los hombres que quieren perder a Dios, le tornan loco a su vez?"

-¡De "plum-cake"! -aclara de pronto, con aires de triunfo, la cotorra.- ¡Quiero unos céntimos de "plum-cake"!

-Será usted servida al instante, mi bella amiga -responde su amo. Se oye el tintineo de la campanilla en la tienda.

Sale Mr. Smith y atiende muy amable a una mujer pobremente vestida.

-¿En qué puedo servirla, Mrs. Gilder?

-Querría llevar media libra de "quaker-oats" y una ración pequeña de melaza, Mr. Smith.

Pero al observar que el tendero se dispone a apuntar el importe del pedido en su cuenta de crédito personal, añade vivamente:

-Digamos más bien una ración completa de melaza y un cuarto de "plum-cake".

-¡Cien libras de "plum-cake"! -chilla Hipp desde el fondo de la trastienda.

Mr. Smith extrae de un tarro de cristal un grueso dulce envuelto en papel plateado, y se lo da a la mujer.

-Para su pequeña, Mrs. Gilder.

-Verdaderamente -dice titubeando la pobre mujer, emocionada por el obsequio-; verdaderamente... ¡Oh, Mr. Smith, que Dios le bendiga!

-Dudo mucho que lo haga -murmura el tendero, cuando, sentado ante su mesa otra vez, comienza a escribir de nuevo.

Ya muy anochecido, Mr. Smith enciende la luz y se pone, por un momento, a escuchar con atención la lejanía.

-Nada parece indicar que vaya a haber tormenta -suspira.- Los gatos, las coles rojas y la tormenta: he aquí tres cosas que no me gustan.

-Gru... gru... -farfulla Hipp, tratando de imitar el ruido del trueno.

Mr. Smith sigue escribiendo y completa una hoja:

"Ya no se precisa más para que, en los trasfondos de lo Incommensurable, por no decir de lo Infinito, Aquel que ostenta los cien nombres temibles, observe que su eterna huida ante los descubrimientos de los hombres, ha llegado a término, y que ello puede significar, tanto para El, como para el Espacio y el Tiempo, el fin de las cosas..."

=====

Esa misma noche, una tormenta de gran aparato eléctrico, se encarniza sobre Russel Street.

Por tres veces, el rayo descarga fulgurante y hiere la tienda, pulverizándola.

Al día siguiente, los bomberos, después de haber sofocado los últimos reductos del incendio, retiran de entre los escombros los pobres restos del comerciante.

Fiel a sus caprichos, el fuego del cielo había respetado a la cotorra, contentándose con destruir su jaula.

-¿Cómo se llamaba el muerto? -pregunta un joven reportero, señalando a un vecino los despojos humanos.

-Smith...

-¡Vaya, como yo! -exclama el periodista.

-Y como yo -repiten a un tiempo dos o tres espectadores.

-¡Smith! -rechina una voz en lo alto.

Es Mrs. Hipp, que vuela hacia la libertad.

-Smith, ¡como todo el mundo! -concluye el reportero.

=====

(1) Headmost: el primero. (Nota del autor).



En la carretera de Akasada, provincia de Tokio, existe una cuesta conocida por Kii-no-kuni-zaka, que significa "la cuesta de la provincia de Kii"... A un lado de la carretera puede verse un antiguo foso, muy profundo y bastante ancho, con altísimas y verdeantes orillas, que forman una especie de jardín. En el lado opuesto se extienden dos lagos y elevados muros de un palacio imperial. Antes de la época de las linternas callejeras, esta vecindad, al llegar la noche, era muy solitaria. Y los caminantes rezagados preferían rodear algunas millas a - subir solos la tétrica Kii-no-kuni-zaka después de la puesta del sol.

Y todo por causa de una mujina que solía vagar por allí...

El último hombre que vio a la mujina fue un anciano mercader, del barrio de Kyōbashi, que murió hace unos treinta años.

La historia, tal como él la contó, es la siguiente:

Cierta noche, ya de madrugada, subía con gran precipitación la Kii-no-kuni-zaka, cuando vio, agazapándose en el foso, a una mujer que - lloraba amargamente. El mercader temió que intentara arrojarse a la zanja, y se detuvo con el fin de ofrecerle el consuelo y la ayuda que estuvieran a su alcance. Era esta mujer de esbelta y graciosa figura, y vestía con rica elegancia. Sus cabellos iban sueltos, y arreglados en la forma que los llevan las niñas de las casas nobles.

-!O-jochu! (1) -exclamó, aproximándose a ella-. !O-jochu!, no gritéis de esa manera... Decíme vuestras penas, y si yo puedo ayudaros, me consideraré muy feliz haciéndolo.

(Y verdaderamente sentía sus palabras, pues tenía un bondadoso corazón.) Pero ella continuó llorando, y resguardaba su rostro detrás de una de sus largas mangas.

-!O-jochu! -gritó de nuevo y con tanta gentileza como se lo permitía su cascada voz-. !Os ruego que me escuchéis!... !Una mujer joven no debe andar por estos lugares, ni a tales horas!... !No gritéis, os lo suplico! !Decíme en qué forma os puedo socorrer!...

Lentamente fue saliendo del pozo, y le volvió la espalda, y continuó llorando, sin descubrir su rostro. El mercader se acercó más a ella, y con suavidad puso sus manos en uno de los hombros de la mujer. Y en ademán de súplica volvió a repetir:

-!O-jochu, O-jochu, O-jochu!... !Escuchañme siquiera un momento!.. !O-jochu, O-jochu, O-jochu!...

Y entonces aquella O-jochu dio media vuelta, bajó su manga y con una mano se golpeó furiosamente el rostro. Y vio que la mujer no tenía ni ojos, ni nariz, ni boca... Y el buen hombre dio un grito espantoso y huyó desparavido... Sobre la Kii-no-kuni-zaka corría y corría, y delante de él todo era negro, y todo estaba vacío!... Y seguía y seguía aquella desenfundada carrera...; jamás supo cuánto duró! Y corría y corría sin atreverse a volver los ojos atrás. Hasta que al fin distinguió una linterna; pero tan lejana, que parecía el resplandor de una luciérnaga. Y se dirigió hacia ella. Al llegar vio que era la linterna de un vendedor ambulante de soba (2), quien había colocado - su puestecillo al lado de la carretera. A nadie más descubrió por aquellos alrededores. Y se arrojó a los pies del buhonero exclamando:

-!Aah!... !Aah!... !Aah!...

-!Koré! !Koré! -respondió con acritud el vendedor-. ¿Qué os trae - por aquí a semejantes horas?... ¿Os han herido?...

-!No!... !Nadie me ha herido! Solamente que... !Aah!... !Aah!... !Aah!...

-¿Solamente que os han asustado? -interrumpió con dulzura el mercader-. ¿Ladrones acaso?...

-¡Nada de ladrones, nada de ladrones!... ¡He visto... he visto... he visto en el foso a una mujer! Y me enseñó... ¡Ah!...! No puedo decir lo que me enseñó!...

-¡Eh! -gritó el vendedor-. ¿Era algo parecido a ESTO lo que os enseñó?

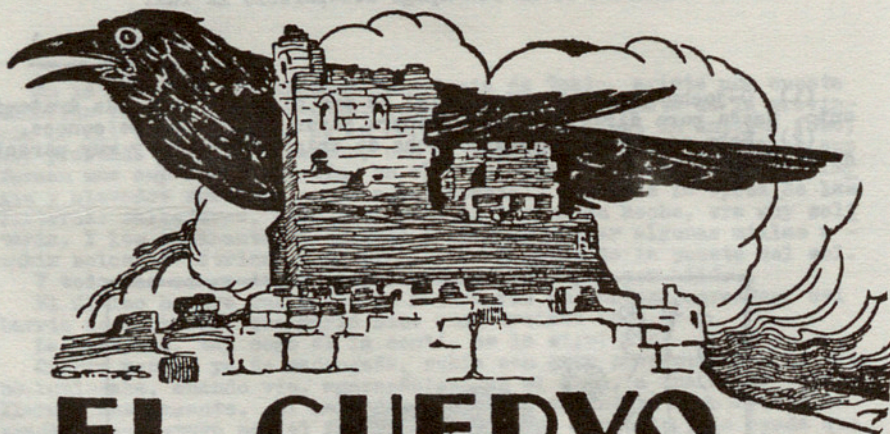
Y se golpeó el rostro. Instantáneamente se convirtió en un huevo...
Y con la velocidad de un relámpago desapareció la luz.

(De "Kwaidan".)

(1) O-jochu (honorable damisela) es una discreta forma de tratamiento, usada para dirigirse a una señora joven a quien no se conoce.

(2) Soba es una preparación hecha de trigo sarraceno y muy parecida al fideo.





EL CUERVO

POR H. Thomson

Cuanto más se aproximaba a su punto de destino, más inquieto se sentía el profesor Windford. La muy esperada invitación de su viejo amigo, el conde Norlasky, alegremente aceptada en la agradable atmósfera de un club londinense, adquiría un aspecto muy distinto en medio de la soledad de los campos austriacos. No quiere decir esto que Windford sintiera el menor deseo de volverse atrás; pues durante muchos años había alimentado en secreto la esperanza de aquella aventura. En realidad empezó a desear aquello apenas cumplidos los veinte años, cuando inició sus estudios en alquimia con miras a aclarar fantásticos misterios. Fue entonces cuando trabó amistad con el conde, que, trabajando con miras semejantes, confió a Windford su ambición de alejar de su casa solariega - los malignos espíritus que durante varias generaciones hicieron imposible a su familia habitar el viejo castillo.

El silencio, roto tan sólo por el chirrido de las ruedas del antiguo coche y el batir de los cascos del viejo caballo, le producía una insupportable opresión. A través de los mal encajados cristales de las ventanillas, Windford veía a la derecha un altísimo precipicio, al pie del cual se extendía una ilimitada llanura. A la izquierda levantábase una alta pared de roca en la cual crecían algunos pinos que se iban haciendo más numerosos a medida que la tierra sustituía a la roca. De los próximos bosques llegaba el aullido de los lobos. Ante él toda la visión quedaba velada por las amplias espaldas del cochera, y hasta que el estrecho sendero se ensanchó al llegar a una meseta y el vehículo se detuvo ante un sombrío edificio, no se dió cuenta Windford de que había lle

gado, por fin, al término de su viaje.

Llevando en una mano un pequeño maletín, ya que las maletas grandes se habían quedado en la cabaña que hacía las veces de estación de ferrocarril, Windford saltó a tierra y tiró de la cadena de la campanilla, medio oculta en un muro cubierto de hiedra. El cochero, sin demostrar ya el menor interés por su viajero, fustigó a su cansado caballo y desapareció en dirección al valle.

Viendo que nadie acudía a su llamada, Windford retrocedió unos pasos y miró a su alrededor. Fue entonces cuando se dió cuenta de que el castillo era casi una ruina. Edificado en lo alto de una montaña; en un lugar perfectamente indicado para la defensa, rodeado por todas partes menos por el camino, por las vertientes del monte, que terminaban al pie de sus muros, el castillo debió de tener en algún tiempo importancia estratégica. Irregularmente rectangular, con los muros cubiertos por hiedra y grandes arbustos que crecían en las junturas de las piedras, estaba flanqueado por cuatro torres, de las cuales sólo la más alejada parecía pasablemente habitable.

Dominado por una abrumadora sensación de soledad volvió a la puerta y llamó nuevamente. La contestación llegó en un rumor de pasos, y a través de las rendijas de la puerta se filtró una luz. Una llave chirrió dentro de la oxidada cerradura y la enorme puerta, crujiendo lastimosamente sobre sus viejos goznes, se abrió poco a poco.

Destacándose débilmente en la semioscuridad, con los caídos hombros y los brazos de una desproporcionada largura que le daban un aspecto simiesco, un viejo levantó una linterna hasta la altura de la cabeza y dirigió una inquisitiva mirada al rostro del visitante. Satisfecho, al parecer, lanzó una gutural exclamación que acompañó de un ademán que debía de ser una invitación a entrar.

Cruzando el umbral, Windford se encontró en el extremo de un amplio y destartado vestíbulo de piedra. En el otro lado, hacia el cual le condujo el viejo después de cerrar cuidadosamente la puerta, ardía un alegre fuego de leña, primera muestra de confort que veía el inglés en toda la casa. La iluminación la proporcionaban unas cuantas velas. El mobiliario lo componían una pesada mesa de roble, y dos incómodas sillas que pertenecieron al tatarabuelo del tatarabuelo del actual propietario. Sobre la mesa se veía un repelente y negro pan. Cogiendo un cucharón, el viejo llenó un tazón con el contenido de un puchero que estaba junto al fuego, luego hizo una seña a Windford, invitándole a beber el caldo aquel.

No pudiendo comprender el idioma que hablaba el criado, Windford no pudo informarse acerca de la ausencia del conde. Obedeciendo los signos que el viejo le hacía, acercó una silla a la mesa y empezó a comer. Pero la comida que se le había servido no era precisamente la más indicada para tentar su apetito, y después de haber tragado unos sorbos de caldo apartó a un lado el tazón, haciendo un gesto indicador de que había terminado. Entonces el viejo, que le había estado observando desde cierta distancia, avanzó hasta la mesa y sacando una carta de uno de los bolsillos de su abrigo la entregó al inglés con una obsequiosa inclinación.

Apartando la silla de manera que le diese de lleno la luz del fuego, Windford rompió el sello y sacó la carta. La escritura era la del conde, aunque apenas podía reconocerse, comparada con la clara letra de la invitación que Windford recibiera unos días antes. En algunos puntos las frases eran totalmente indescifrables.

"Mi querido amigo (leyó): Desde que te escribí invitándote a ayudarme en mis últimos esfuerzos para destruir los poderes de la magia negra cuyos misterios durante tanto tiempo hemos tratado de descubrir, los acontecimientos se han precipitado. Cuando escribí la carta mis esfuerzos habían sido tan afortunados que yo estaba convencido de que podría exterminar para siempre los diabólicos hechizos que durante tantos años han hecho inhabitable la casa de mis antepasados. Siguiendo escrupulosamente los consejos de una obra medieval sobre magia que casualmente encontré en la tumba de uno de mis familiares, descubrí que en vez de tenerme que exponer a su combinado ataque, tenía poder suficiente para llamar y combatir uno tras otro los diferentes grados de fuerzas infernales. Así, empezando por los primeros seres diabólicos, los hombres lo

bos, trabajé con éxito progresivo hasta que sólo quedaron los elementales. La destrucción de éstos, privados, como ya sabes, de la astucia de los órdenes más organizados, depende menos de los encantamientos del filósofo que de los métodos de alquimia. Por ello, conociendo lo profundo de tus estudios en esa materia, debía haber esperado tu ayuda. Pero la excesiva confianza, debida a algunos éxitos preliminares, me hizo, desgraciadamente, empezar sin tí.

"Ayer noche, cuando la luna estaba en su plenitud, me pareció llegado el momento oportuno para reanudar la lucha. Apenas había terminado el arreglo del cuarto encantado, colocando las pociones y frascos en el orden en que serían necesitados, empecé la sesión. Jamás había notado la atmósfera tan diabólicamente cargada. A cada momento estruendosas - carcajadas quebraban el silencio, y nauseabundos olores llenaba el cuarto. Sin vacilar empecé a trabajar siguiendo las indicaciones del libro, y al poco rato noté con satisfacción que progresaba notablemente. Los alidos de las decepcionadas furias se fueron haciendo más débiles. Las descargas eléctricas a las cuales mi cuerpo se había visto sujeto al principio de la noche se hicieron menos violentas. Los odiosos olores se fueron desvaneciendo y, entre ellos y yo, noté que se elevaba una atmósfera más pura. Loco de contento por el éxito, vacié uno tras otro el contenido de los distintos frascos en la hirviente caldera, sin apartar me para nada de las instrucciones que me daba el libro. Por fin, y en el segundo debido, el contenido del último frasco cayó dentro del caldero. Estremeciéndome de emoción, aguardé con plena confianza el resultado. De pronto sentí que el corazón se me paralizaba, pues en lugar de la súbita difusión de energía que esperaba, el efervescente líquido del caldero pareció hundirse y todo terminó con una humareda que ascendió hasta el techo. Comprobando con horror que había cometido una equivocación técnica en el cálculo del tiempo, me apresuré a repararla repitiendo la última parte del experimento. Pero por más que lo intenté, no me fue posible recobrar el terreno perdido. Por minutos mis defensas se hacían más débiles. Desde entonces no he conocido paz alguna y, a causa de la actividad de mis atacantes, no puedo huir del cuarto. Mi criado Karl, descendiente de una larga familia de servidores nuestros que, dotados de alguna extraña inmunidad, han podido vivir con toda tranquilidad en este castillo, sin ser molestados, te atenderá, y en el caso de que desees ayudarme te conducirá hasta mí. Si tú... vivo... (Seguía una serie de palabras ilegibles). Haz... puedas... ayudar... alma... Dios... ayude... morir..."

Windford dobló lentamente la carta y la volvió a guardar en el sobre. Durante algunos minutos contempló pensativo el fuego. De pronto, al levantar la cabeza, quedó sorprendido al descubrir al criado mirándole con extraña y maligna mirada. Instantáneamente el servidor cerró los ojos y su rostro adquirió nuevamente su anterior y obsequiosa expresión. Pero no lo consiguió con la necesaria rapidez para que Windford no percibiese el extraño parecido que el rostro de Karl tenía en aquel instante con el burlón rostro de un pájaro, contra cuyo curvado pico los reflejos del fuego habían brillado como gotas de sangre. Creyendo que las movedizas sombras estaban jugando con sus nervios, para lo cual el mejor antídoto es la actividad, indicó por señas al viejo que le guiara hasta el cuarto del conde. Un largo pasillo y una escalera de caracol les condujo a un corredor de piedra iluminado por la luz de la luna que llegaba hasta él por las aberturas de la pared. Al extremo de dicho corredor se veía una puerta ante la cual se detuvieron. El viejo la abrió levantando un pesado picaporte; después, haciéndose a un lado e inclinándose profundamente, invitó al inglés a penetrar en el cuarto. Encendiendo la linterna eléctrica que llevaba en la mano, Windford se apresuró a entrar en la estancia. Detrás de él la puerta se cerró con un ominoso chasquido.

El aire del cuarto era húmedo y estaba cargado de nauseabundos olores. Por el suelo corrían las ratas buscando sus madrigueras. Por una puerta abierta, el inglés entró en otra habitación mayor donde unas cuantas velas unían su luz a la de un humeante fuego para lanzar contra las paredes y el techo grotescas sombras. A poca distancia de la chimenea abría un amplio ventanal medio oculto por una cortina. Más o menos en el centro del cuarto, veíase una mesa y una silla, y junto a una



de las paredes hallábase una vieja cama.

Sobre la mesa veíase un libro abierto y junto a él un caldero y una serie de frasquitos medio llenos de líquidos de variados colores. En la cama estaba tendido el conde, en cuyo rostro se reflejaba un profundo terror. Sus secos y temblorosos labios trataban en vano de formular palabras, mientras sus manos se crispaban intentando rechazar los fantasmas que sólo sus ojos percibían. Junto a la cabecera de la cama había una pistola automática cargada. En el suelo, a poca distancia del lecho, se veía una cápsula vacía, indicio de que el conde había disparado recientemente contra algo.

Volviéndose hacia la mesa, Windford lo encontró todo tal como el conde lo había dejado. Los frasquitos contenían líquidos suficientes para varias pruebas, y la parte técnica del ritual, tal como la describía el libro, no ofrecía dificultad alguna. La única posibilidad de salvar la vida y el alma del conde estaba en repetir el experimento con la máxima rapidez posible, con la esperanza de obtener un resultado favorable. Windford se daba perfecta cuenta del peligro a que se exponía al intentar el experimento. Pues tan pronto como la "maquinaria" se pudiese en marcha, el inglés sabía que él quedaría en contacto con los diabólicos seres que tenían en su poder al conde, y por lo tanto sumamente susceptible a su influencia.

Todo dependía de la seguridad y cuidado con que llevase a efecto el -

trabajo. Cuidadosamente repasó las instrucciones, comprobó si los frascos contenían realmente los productos que indicaban las etiquetas, y los colocó en el orden en que deberían ser empleados. Luego llenó la lamparilla de alcohol que calentaba el caldero y, consultando el reloj vió que aún le quedaban varios minutos antes de empezar la sesión, que, según el libro, debería iniciarse a la primera campanada de cada hora entre la puesta del sol y el amanecer. Por fin llegó el momento y vació el contenido del primer frasco en el recalentado caldero. El efecto fue mágico. Apenas había caído la última gota, cuando una burlona carcajada resonó en la habitación. El sonido se apagó con la misma rapidez que había brotado y en la habitación sólo se oyó la fatigosa respiración del conde. Recobrándose rápidamente de la sorpresa que el ruido le causara, Windford concentró todas sus energías en la tarea que tenía ante él. La mixtura hervía enormemente llenando el aire de perfumados vapores. Pronto quedó establecido el contacto con el mundo de los espíritus, y las cosas ordinariamente invisibles quedaron perceptibles para la vista humana.

Alrededor del lecho del conde, Windford vió formarse una tenue neblina que oscilaba levemente como si se fuese atando con invisibles lazos al cuerpo del aristócrata. Poco a poco fue apareciendo en medio de ella una miríada de sombrías formas que se movían cambiando sin cesar de aspecto.

Al principio Windford las miró curiosamente. Luego, cuando se desvaneció toda duda acerca de su significado, el terror dominó al inglés. En aquellas sombras había reconocido el más bajo tipo del vampiro elemental, que obtiene su sustento de la respiración de su víctima.

Moviéndose con caleidoscópica rapidez, el diabólico conjunto parecía luchar por obtener un puesto mejor alrededor de la boca del enfermo, agitándose en el aire como una masa compacta de gelatina.

Windford apartó con repugnancia la vista y continuó su trabajo. Durante la siguiente pausa miró nuevamente hacia el lecho. La neblina seguía allí; pero mucho más densa, hasta borrar casi por completo toda visión de la cama. Y mientras la observaba sintió que un sudor frío le bañaba el cuerpo, pues la oscura masa se movía poco a poco hacia él, no debiendo pasar mucho tiempo antes de que le alcanzara.

Casi paralizado por el terror, Windford consultó el libro buscando un auxilio que sólo la alquimia podía proporcionarle, pues la única manera de combatir los vampiros era atacarlos con aquellos preparados químicos y el menor error podía ser fatal para él como lo había sido para el conde. Tampoco podía, en manera alguna, apresurar la marcha de la sesión, pues entre cada uno de sus pasos debía haber un espacio de tiempo debidamente calculado. A causa del error del conde, el enemigo había ganado varios pasos haciéndose más poderoso y peligroso.

Faltaban aún tres minutos para vaciar el último frasquito, y Windford vió, horrorizado, que la neblina estaba ya casi encima de él. Unos instantes más y le alcanzaría. Exudando un olor bestial le envolvió lentamente en su bruma, ascendiendo poco a poco hacia su boca. Por fin los nauseabundos vapores entraron en contacto con el rostro del inglés. Aquella húmeda sustancia no ofrecía ninguna resistencia a los golpes; y si por casualidad cualquiera de aquellas sombras hubiera sido partida en dos, ambas partes hubiesen adquirido vida independiente, aumentando así la potencia de los atacantes.

Quince... diez... cinco segundos faltaban aún para el experimento final.

En una de sus temblorosas manos, Windford conservaba el último frascuito. Con la otra intentaba en vano apartar los inquietos atacantes. Reuniendo todo su poder y voluntad para mantener sereno el cerebro, clavó firmemente la vista en el reloj, dispuesto para el momento oportuno.

Los últimos segundos parecieron tardar una eternidad en transcurrir. Por fin llegó el momento y al instante Windford vació dentro del caldero el último frasco, aguardando ansioso el resultado.

Durante unos segundos hirvió la humeante mixtura. De pronto lanzó hacia el techo una lengua de azulada llama, al mismo tiempo que en los distintos ángulos del cuarto se oían secas detonaciones. Un viento huracanado descendió por la chimenea derribando casi al inglés. Tamba-

leándose, éste corrió hacia el ventanal, abriéndolo en busca de aire puro. Apenas lo hubo abierto un trueno ensordecedor siguió a un deslumbrante relámpago. Luego reinó un silencio de muerte, mientras por el ventanal entraba un hábito vivificador.

Un débil gemido atrajo a Windford junto al conde. Las facciones de éste reflejaban ya un reparador descanso. De pronto, los caídos párpados se levantaron y las dilatadas pupilas revelaron la iniciación de un nuevo terror. Volviendo apresuradamente la cabeza hacia la ventana, Windford vió posado en el antepecho un enorme cuervo con las anchas alas abiertas y la mirada malévolamente fija en el inglés. Sólo haciendo un enorme esfuerzo consiguió éste librarse de la hipnótica fuerza de aquellos ojos, y, empuñando la pistola del conde, avanzó hacia el ventanal.

Lanzando un áspero graznido, el pájaro voló pesadamente hacia el cielo, recortándose su silueta contra la amplia y brillante luz de la luna. Para un tirador de la categoría de Windford el blanco no podía ser más fácil, y apenas hubo disparado la pistola, el cuervo batió desesperado las alas y se desplomó al pie de las murallas del castillo.

Deseando ansiosamente asegurarse del resultado de su disparo, Windford abandonó a toda prisa la estancia, y, cuando después de bastantes pesquisas llegó al fin al sitio donde cayera el pájaro, encontró en el lugar, con la cara hacia el cielo y reflejada en ella una indecible y diabólica maldad, al cadáver de Karl, el viejo criado del conde Norlas ky. - F I N -







LA SIBILA DE SARI

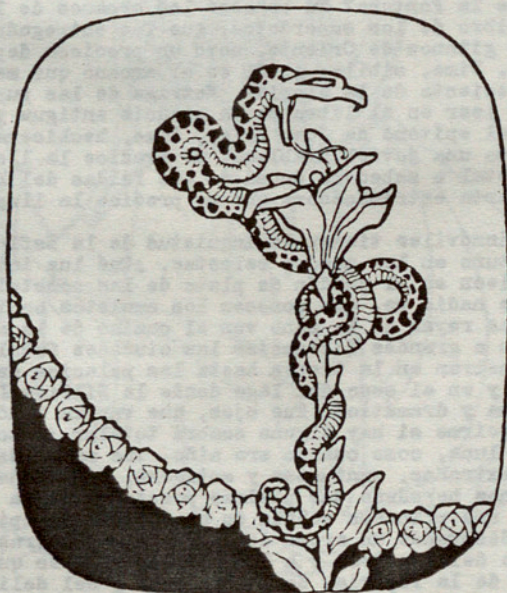
Por Emilio CARRERE

Bruja de las pupilas negras, que conoces la clave del Tarot egipcio, que guardas en tu espíritu, como una luz sagrada, la ciencia milenaria de los hierofantes faraónicos! Dime, bruja: ¿cuál es el naipe que me predice la Fortuna? Tú conoces los arcanos de la Clavícula de Salomón, el libro de los sacerdotes, que fue entregado a tus abuelos, los ambarinos gitanos de Oriente, como un precioso depósito, a través de los siglos. Dime, sibila: ¿cuál es el arcano que me predice la llegada resplandeciente de la Gloria? Estriga de las pupilas de cisterna, que sabes leer en el libro de la ciencia antigua y de la moderna picardía, en el epitome de Juan Bolay, dime, hechicera: ¿cuál es la carta que, como una joviel diablesa, me predice la llegada del amor? Pitonisa y vestal o sabedora drusa de las faldas del Líbano sagrado: ¿cuál es la carta estremecedora que me predice la llegada de la Muerte?

Tus ojos inmóviles tienen la inquietud de la Esfinge, mientras leen en nuestro futuro en los prados celestes. ¿Qué luz interna tienen tus pupilas, que leen en el jardín de plata de las constelaciones? Ojos que ven lo que nadie ve, que conocen los amuletos contra la hechicería y entre las rayas de la mano ven el camino de la muerte; ojos zahoríes que ven a grandes distancias las ciudades fabulosas de la India, y que penetran en la tierra hasta los palacios de estalactitas - de los gnomos y en el seno del lago donde la Sífide Loreley canta su canción amorosa y dramática. Tus ojos, que ven la ronda de los muertos, pueden decirme si hay alguna sombra tutelar junto a mi lecho, en las noches de luna, como cuando era niño. Tus manos de color de ámbar tienen joyas extrañas, suntuosas y antiguas, dignas de una emperatriz. ¿Acaso has heredado tus piedras preciosas de la divina reina de Saba? Pareces una princesa soñada en un éxtasis de opio. De tus manos enjoyadas se desprende un aroma de acacias tempraneras. Tus manos conocen el signo del conjuro, y a las mágicas figuras que trazan acuden los diablejos de la lujuria, de la avaricia y del delito, y tú, bruja, los envías contra las pobres almas humanas. Con tus bebedizos enciendes la antorcha de la locura y los rojos resplandores del crimen. -- ¿Quién fuiste tú en tus vidas remotas, divina sibila del Sari? ¿Acaso Belkis, la que inspiró la Cantiga de las Cantigas y acarició las mecenas doradas del rey sabio, en los jardines nevados de flor de azahar? ¿Fuiste la princesa de Judea que besó los cárdenos labios de Juan en

un éxtasis de vampirismo? El Tiziano te soñó rubia y magnífica entre los ritmos de tus danzas lujuriosas, oh, Salomé rediviva, en cuyo corazón hierven todas las fiebres del pecado. Mesalina, Cleopatra o Lucrecia, la trágica musa del Renacimiento; acaso fuiste todas estas di-
vinas y diabólicas heroínas, y en tu alma hay remembranzas confusas de sus pasiones, de sus monstruosidades y también de sus sacrificios.

¡Sibila del Sarí! Por tus ojos, yo te conjuro a que me digas si Ella, la pálida seca y desdentada ramera, ronda cerca de mi puerta. Tus ojos la ven, como los ojos dulces de los perros nocturnos, como los ojos hipnóticos de los gatos, que miran tan trágicamente en las alcobas mortuorias. Por tus manos cargadas de piedras preciosas, que conocen los signos de la abracadabra, dime si los dedos espectrales de Ella están devanando las madejas de mis horas en la rucsa de sicomoro de Saturno. La hilandera de manos de marfil trabaja, trabaja... Los relojes invisibles dan una hora. Alguien pone el pie en el esqui-
fe negro que lleva a la isla de lo Desconocido. Sibila: tú que ves lo que nadie ve, ¿sabes quién está llamando a mi puerta? ¿Es el amor, la fortuna o la gloria? Acaso es el Caballero de la Muerte. Cada hora que suena nos anuncia un suceso trascendental en nuestra vida. ¡Tan! ¡Tan! Dime, sibila, qué imprevisto toca en mi puerta, tú que ves lo que nadie ve, con tus bellos ojos que son como estrellas, como abis-
mos, que leen en las constelaciones y ven entre las rayas de la mano el camino invisible de la Muerte.



LOS HEREDEROS

Le enterrarán compungidos
en una fosa cualquiera,
y besarán un puñado,
cuando le cubran, de tierra.

Recibirán del amigo
su formularia tristeza,
y ocultarán un sollozo
poniendo cara de piedra.

Se aguantarán el dolor
que por dejarle les entra
y volverán pronto a casa
a discutirse su herencia.

La cual tendrán por exigua
aunque en rigor no lo sea.
Registrarán los rincones,
pues existir bien pudieran

en escondites ocultas
algunas áureas monedas.
Olvidarán los caprichos
que les pagó su abstinencia

y recordando sus faltas
acallarán su conciencia,
pues se atribuyen derechos
que a su memoria le niegan.

Si testamento otorgase
pronto querrán se les lea;
pues ya remedio no tiene
y nada hará que ya vuelva,

hay que pensar en los vivos,
que bien descansa él en tierra,

necesitando saberse
la situación de su hacienda.

===

Cuando la fúnebre caja
dentro del hoyo ya metan,
con farisáico silencio
-!Adiós -dirán-, ahí te quedas!

Y si de Lázaro hermanos
sus herederos lo fueran,
a Jesucristo dirían:
-!Haz que a nosotros no vuelva!

=====

Joaquín PALACIOS ALBIÑANA.

Madrid, 12 enero 1982.





—¡Oigal vale no la *arrisque*
Ni beba como animal,
Y póngame un decimal
Si no quiere que lo *cisque*,
No me haga usté *misque-misque*
Con toda la trompa entera,
Pues aunque la gorda quera,
Desde luego me va a dar
Un decimal para echar
Un trago de calavera.

De "La Calavera de Cupido"



"Gran espanto. Aparición del fantasma de
Pachita la Alfajorera" (Guadalupe Posada:
"Calaveras y otros grabados").

=====

EDMOND HAMILTON

Edmond Hamilton nació el 21 de octubre de 1904 y murió en 1977, dejando tras de sí una de las más extensas producciones del género fantástico de nuestro siglo. Desde 1926, año en que dió comienzo a su carrera literaria con dos relatos publicados en la revista "Weird Tales" Hamilton tocó la mayor parte de los temas y aspectos de la fantasía, si bien su enfoque fue siempre el de la novela de aventuras, como fue común a la mayoría de sus contemporáneos de la Era del Pulp.

Hamilton se educó literariamente como lector de "Argosy", "All-Story Weekly" y el resto de los famosos Munsey Magazines, en los que aparecían novelas y relatos de Jack London, H. G. Wells, Edgar Rice Burroughs..., es decir, la primera generación de escritores de ciencia ficción, para quienes -salvando distancias que van de un Wells a un Burroughs-, como para Hamilton y sus seguidores, ésta era un nuevo campo -más vasto, casi infinito- en el que desarrollar la Aventura con nuevas y más complejas implicaciones. Pero no debe creerse que Hamilton -escribiera tan sólo S. F.- Al igual que Henry Kuttner, Catherine Moore, Robert E. Howard, Ray Cummings y tantos otros, cultivó a un tiempo el terror, la fantasía, etc.

Para el aficionado a la ciencia ficción de aventuras y al fantasy, Hamilton posee un peculiar encanto, sólo asequible para quienes son capaces de sobreponerse a las heridas infligidas por el tiempo e incluso disfrutar de ellas. No en vano es el autor de las increíbles aventuras de John Gordon, mediocre terrestre convertido repentinamente en emperador de un futuro Imperio Galáctico, en una de las obras maestras del Space Opera, "The Star Kings", aparecida en Amazing Stories en su número de septiembre de 1947. Muy superior a la mayoría de las aventuras galácticas del mismo período, como las escritas por E. E. Doc Smith o John W. Campbell, la novela de Hamilton, verdadero prodigio de ingenio y velocidad -ligeramente inspirada en "El Prisionero de Zenda" de Anthony Hope-, fue un éxito que obligó a su autor a retomar el personaje en dos ocasiones más, quedando como uno de los mejores ejemplos de lo que debería ser la ciencia ficción de aventuras.

La labor literaria de Hamilton se extendió a la mayor parte de las revistas o "pulp" de fantasy y ciencia ficción -género que cada día se hacía más y más popular.- Así, le encontramos tanto en "Weird Tales" -matriarca de la literatura de horror y "heroic fantasy", en cuyas páginas vieron la luz las obras de Lovecraft, Merritt, Howard, etc.-, como en "Amazing Stories", "Wonder Stories", "Tales of Wonder" -una de las primeras publicaciones inglesas del estilo "pulp"-, "Fantasy Magazine" -quizás el primer fanzine importante de la historia de la S. F.- y en "Starling Stories". Es precisamente en esta última donde, un año después de su éxito en "Amazing...", publica una nueva obra de importancia, en la que retoma abiertamente la fantasía de su primer relato publicado -"The Monster-God of Mamurth"- en agosto de 1926, en "Weird Tales"; y siguiendo la tradición del género de "mundos perdidos" que implantaran Haggard, Doyle, Rosny y otros grandes autores de aventuras del siglo XIX. "The Valley of Creation", con sus batallas, sus animales telepáticamente unidos a seres humanos y sus viajes astrales, está, sin embargo, mucho más cerca de la sensibilidad de la "heroic fantasy", que, de manos de Merritt -cuya influencia es aquí más que apreciable- y, sobre todo, de Robert E. Howard y su inmortal cimerio, creará escuela y se abrirá un sitio de excepción en la literatura fantástica de nuestro siglo.

Del año 1940 data otra de las inmortales creaciones de Edmond Hamilton: el Capitán Futuro. Las aventuras de Curtis Newton, alias The Wizard of Science, alias Captain Future, aparecieron en la revista de su mismo nombre -"Captain Future"-, costumbre común a varios pulps de en-

tonces, como "Doc Savage" o "The Sadow", y mantuvieron atentos a los aficionados al Space Opera durante diecisiete números, siendo reeditadas en los años 70 en forma de libros.

Edmond Hamilton contrajo matrimonio con Leigh Brackett, prolífica escritora también de S. F., fantasy y aventuras, autora de obras tan memorables como "The Sword of Rhiannon" y de guiones para los westerns de Howard Hawks -algunos basados también en varias de sus novelas-. Constituyeron una de las dos grandes parejas de la Era Dorada de la S. F. -la otra fue la compuesta por el matrimonio de Henry Kuttner y Catherine Moore-; Era Dorada de la que Hamilton formó parte no como uno más de los muchos escritores de entonces, hoy olvidados, sino como uno de sus autores más representativos y como un escritor cuyas mejores obras están, sin duda, entre las más destacadas de la ciencia ficción y la fantasía de aventuras de todos los tiempos.

"El Vengador de la Atlántida" ("The Avenger from Atlantis"), se publicó en el número de julio de 1935 de la revista "Weird Tales", dirigida entonces por el editor Farnsworth Wright, y ocupaba, por demás, la estupenda portada de Margaret Brundage, como plato fuerte del número, en el que se incluían también relatos del Capitán S. P. Meek, de Catherine L. Moore -presentando su personaje de heroic fantasy Jirel de Joiry- y de Paul Ernst, entre otros.

Si bien no se trata de uno de los mejores ejemplos de la obra de Hamilton, responde a muchos de los clichés y arquetipos básicos de aquella época del pulp. Hay en ella mundo perdido -la prototípica Atlántida-, pseudovampirismo a su vez pseudocientífico, búsqueda de la inmortalidad y, sobre todo, "femme fatale": una magnífica vampiresa capaz de cualquier maldad con tal de preservar, más que su vida, su belleza, y heredera de toda una estirpe de "vamps" que tienen su origen reciente -en novelas como "La Atlántida" -precisamente- de Pierre Benoit, o "She" de Rider Haggard, además de un villano consistente y cruel.

Si sois capaces de soportar la ingenuidad y la falta de lógica de la historia, olvidando por un momento los más de cincuenta años que nos separan de ella y de la sensibilidad de los aficionados de aquella época, disfrutaréis de un relato prototípico donde los haya, y que evoca, a través de su infantilismo y, sí, hasta de su torpeza, una era tan básica como irre recuperable: la Edad de Oro de la Ciencia Ficción.

Jesús PALACIOS TRIGO

BIBLIOGRAFIA BREVE

(La obra de Hamilton apenas ha sido editada debidamente en España, sus novelas y relatos largos permanecen inéditos en su mayoría, y los relatos breves que de él se han publicado están dispersos e lo largo de cientos de antologías y revistas españolas e hispanoamericanas. Por tanto esta bibliografía se limita a lo que, a mi juicio, son sus relatos más destacados de los traducidos y, sobre todo, más encontrables para el interesado. Agradezco a Alfredo Lara su ayuda y su criterio a la hora de confeccionar ésta, necesariamente, incompleta bibliografía.)

NOVELAS:

"Los Reyes de las Estrellas". Colec. Nebulae (antigua), nº 14. Edit. Edhasa. También en Selección de Nebulae, nº 15, Edhasa, 1966.

RELATOS:

"En el crepúsculo del Mundo". Revista Nueva Dimensión, nº 20 (especial Fin del Mundo), marzo 1971.

"Los Reinos de las Estrellas". Rev. Nueva Dimensión, nº 98, marzo - 1978.

"Requiem". Obras Maestras de la Ciencia Ficción. Antología de Sam -
Moskowitz. Edit. Dronthe, 1977.

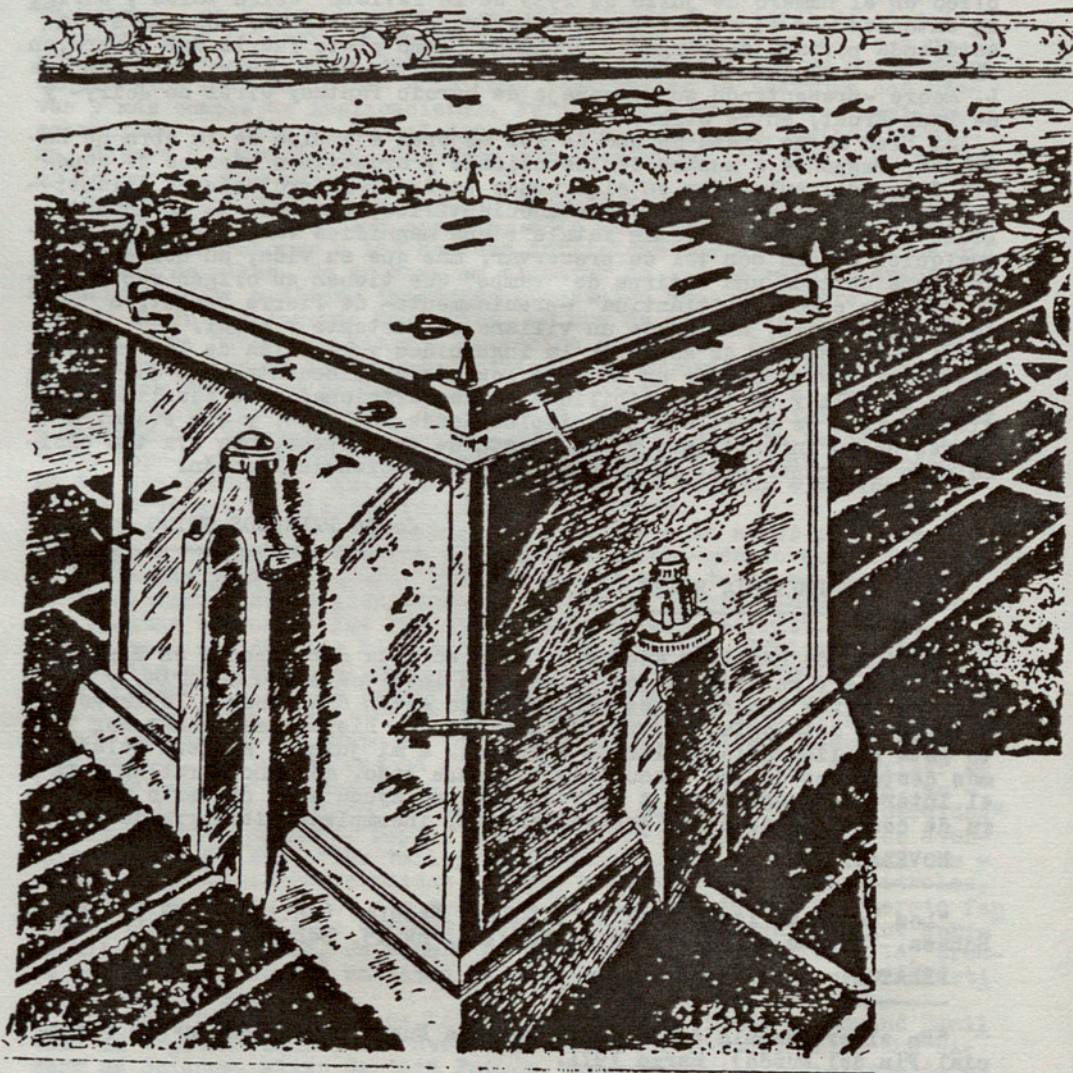
"El Profesional". Selección nº 11 de Ciencia Ficción. Edit. Brague-
ra, 1974.

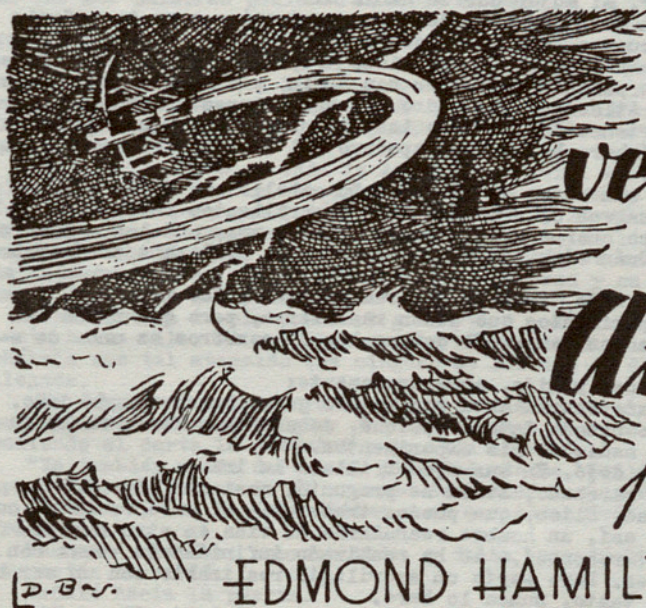
"La Estrella de la Vida". Selección de Ciencia Ficción nº 19. Edit.
Caralt, 1978.

"Babilonia del Espacio". Revista Anticipación nº 6. Ed. Ferma, 1967.

"El Valle de los Dioses". Cuentos Fantásticos del Más Allá. Antolo-
gía de Kurt Singer. Edit. Novaro, 1971. (También en "Horror", nº 8, de
Edit. Bruguera.)

== 0 ==





El vengador de la Atlántida

por

D.B.S. EDMOND HAMILTON

CAPITULO PRIMERO

La muchedumbre que ocupaba la plaza de Ciencia, llenándola con la claridad de sus blancas vestiduras, se abrió respetuosamente ante mí al acercarme, seguido de mi criado. Inclinandose hasta rozar el suelo de mármoles, me saludaron.

-¡Paso a Ulíos, el Guarda de la Fuerza! -gritaron.

Y otros exclamaron:

-¡Paso al más grande de los sabios de la Atlántida!

-Amigos, os doy las gracias por vuestra amabilidad -les dije, mientras pasaba gravemente por entre ellos.

Pero en verdad era lo bastante humano para sentirme orgulloso del respeto que me demostraban. Porque, en toda la Atlántida, no había ni un solo ser que no conociera y honrase el nombre de Ulíos, el Guarda de la Fuerza. Y así debía ser, pues el que guardaba la Fuerza tenía a la Atlántida en la palma de la mano.

En aquella mañana de primavera, la ciudad me parecía más hermosa que nunca. Bajo el cielo azul y junto al azulado mar, sus edificios de blanquísimo mármol se elevaban con irreal esplendor, bordeando las calles de verde pavimento, que eran como ríos que desembocaban en los lagos de las plazas.

A mi alrededor se levantaban los grandes palacios de la Ciencia, que bordeaban la plaza, edificios de alabastro que encerraban los laboratorios, en los cuales nuestros hombres de ciencia arrancaban, uno tras otro, a la Naturaleza, todos sus secretos. En uno de los lados veíase un

edificio más bien pequeño, pero que superaba a todos los demás en importancia. El Palacio de la Fuerza, del cual yo era guardián y ocupante.

Envolviéndome en mi blanca túnica, me dirigí hacia el palacio, seguido de Sthan, mi fiel criado. Subí la escalera y avancé por los pasillos y patios interiores hasta los blancos laboratorios donde tenía mi lugar de trabajo. Allí, Etain, mi esposa, hablaba con mi ayudante Karnath. Al entrar, mi mujer corrió hacia mí.

-Ulios, Karnath me ha hablado de tus experimentos para transferir el cerebro de un cuerpo, sin que deje de vivir.

-Entonces Karnath ha hablado demasiado -repliqué, frunciendo el ceño. Pero no me era posible enfadarme con Etain, y ella lo sabía. No era del todo de la Atlántida. Su padre fue uno de nuestros nobles, pero su madre había pertenecido a una de las tribus salvajes que vivían hacia Oriente. La bárbara belleza se apoderó del corazón del noble, que la hizo su esposa.

En Etain había aún mucho de salvaje. Su cabello era de la negrura - de la noche, sus negros ojos sabían tener amarillentos relámpagos de pasión. Y su blanco cuerpo era lánguido y, a la vez, ondulante como el de un leopardo. ¡Cuán bien sabía el poder que su belleza ejercía sobre mí!

Sin embargo, le dije, todo lo severamente que pude:

-Etain, hay experimentos que deben realizarse, pero que nunca han de ser revelados a los demás. El del cambio de cerebros es uno de ellos.

Karnath adelantóse y dijo, apresuradamente:

-Cref que le interesaría a tu esposa. No quise hacer ningún daño.

-No se ha hecho ningún daño -repliqué, secamente.- Pero, en lo futuro, no hables a nadie de mis experimentos.

Inclinóse y nos dejó. En sus ojos brillaba la ira.

Quando se hubo marchado, Etain me preguntó, casi sin aliento:

-Pero ¿es verdad, Ulios, que puedes transferir el cerebro de un cuerpo a otro? Siendo así, un hombre reanudaría su vida en otro cuerpo.

-Puedo hacerlo -reconocí.- Lo he realizado infinidad de veces con animales y cadáveres. Pero sería un sacrilegio realizarlo con un ser humano vivo. Por lo tanto, nunca lo haré.

-¿Ni siquiera si yo te pidiese que lo hicieras conmigo?

La miré.

-No te entiendo, Etain -dije, al cabo de un rato.- ¿Por qué habrías de querer que tu cerebro, tu personalidad, fueran transferidos de tu hermoso cuerpo a otro distinto?

-Ahora no lo deseo -replicó.- Pero vendrá un tiempo en que lo anhelaré, Ulios.

"Antes de pocos años, mi belleza se marchitará, me haré vieja. ¡Vieja! A ese horrible destino le temo más que a nada.

"Pero tú puedes impedir eso, Ulios. Dentro de algunos años puedes transferir mi cerebro al cuerpo de otra mujer joven y bella, y así volveré a tener juventud y belleza.

"Y lo mismo podrías hacer tú -prosiguió.- Tienes ya cuarenta años, tus cabellos comienzan a blanquear y tus brillantes ojos empiezan a enturbiarse. Puedes apoderarte de un cuerpo joven y viviremos siempre juntos y eternamente inmortales.

-Etain -repliqué, firmemente.- No sabes lo que dices. Semejante inmortalidad no es para el hombre, y el que intentara vivirla, se condenaría para siempre. Hemos nacido para vivir, envejecer y morir, no para robar los cuerpos de otros y existir eternamente. Aleja de tu cerebro semejantes pensamientos.

Etain me miró fijamente, diciendo, por último:

-Ya no me quieres, Ulios. - Y salió de la estancia.

CAPITULO II

Volví a mi trabajo y me dije que mi mujer no tardaría en olvidar su loca fantasía. Sin embargo, mientras trabajaba, su rostro acudía ante mis ojos. Al fin no pude aguantar más y fui a pedirle perdón por el daño que mis palabras pudieran haberle causado.

No estaba en sus habitaciones. La busqué por todo el edificio hasta que la encontré en el gran subterráneo de la Cámara de la Fuerza, en cuyo centro se levantaba un pilar de metal cobrizo, que era el remate de una enorme palanca que llegaba al centro de la tierra. Dentro de aquel pilar se encontraban las llaves de la Fuerza, encerradas tras una puerta que yo, como Guardián, y Karnath, mi auxiliar, éramos los únicos que podíamos abrir.

Sólo dos hombres en toda la Atlántida sabían, al mismo tiempo cómo alcanzar dichas llaves. Aquel pilar era la puerta de contención de las fuerzas volcánicas que latían en el centro de nuestra tierra, y aunque sabíamos que, de cuando en cuando, era preciso utilizar dichas fuerzas sabíamos también que, su uso descuidado, podía atraer sobre nosotros una catástrofe. Por eso el Guardián de la Fuerza y su ayudante vigilaban y defendían las llaves.

Étain estaba de pie junto al gran pilar y Karnath se inclinaba ante ella hacia ella. Mi auxiliar estaba hablando con mi mujer y ella escuchábase con tal atención que ninguno de los dos se dió cuenta de mi llegada.

-Si fueras mi esposa, yo no te rehusaría lo que le has pedido a tu marido -decía Karnath.- ¿Por qué has de envejecer, marchitarte y morir pudiendo él darte la juventud y la vida eterna?

"Yo también puedo darte esa juventud eterna, Etain -prosiguió.- He aprendido perfectamente el proceso de transferencia de cerebros.

-Entonces, esa será la última cosa que aprenderás de Ulíos -dijo, fríamente.

Karnath volvióse, sobresaltado, y Etain levantó la cabeza, aunque su expresión no varió.

Señalé hacia la puerta.

-¡Vete, Karnath! No mereces ser el ayudante del Guardián de la Fuerza. Mañana rogaré al Consejo de la Atlántida que te deponga de tu puesto.

A Karnath se le ensombreció el rostro, y dijo, con voz sibilante:

-Ya sabes que si soy depuesto también seré muerto, puesto que solo dos hombres pueden conocer el secreto de las llaves de la Fuerza. Siéntes celos y quieres matarme.

-Vete antes de que me olvide de que soy el Guardián -le repliqué, - con helada furia.

Cuando me hubo obedecido me volví hacia mi mujer.

-¿Por qué le has escuchado?

Étain me sonrió, sin demostrar el menor miedo.

-Me detuvo un momento y me dijo todas las locuras que oíste, antes de que pudiera apartarme de él.

-Quizá debiera dar ahora mismo cuenta al Consejo -dijo.- Karnath se ha demostrado un hombre indigno, y también peligroso.

-Es indudable que está un poco enfadado -dijo mi mujer.- Pero no creo que sea de temer. Déjalo vivir hasta mañana.

Sus blancos y suaves brazos rodearon cálidamente mi cuello. Su sonrisa me iluminó y ya no volví a pensar en Karnath.

A medianoche dormía profundamente en mi cuarto cuando me despertó una sacudida bastante fuerte. Me senté en la cama y observé que Etain no dormía junto a mí y que era Sthan, mi fiel criado, quien acababa de despertarme.

-Mi amo, se ha marchado -me dijo.- Tu esposa ha huido con Karnath.

Una fría campana pareció redoblar en mi corazón.

-¿Qué dices? -grité.

-Étain, tu esposa, ha huido con tu ayudante -replicó el servidor.- Hace un momento los he visto subir a la azotea y embarcarse en un aparato volador. ¡Mira, por allí van! -añadió, señalando hacia la gran ventana, al extremo de la habitación.



Corrí hacia ella y me asomé. Ante mis ojos veíase la marmórea extensión de la Atlántida. Encima, veía las negras profundidades del cielo, llenas de la vida de las centelleantes estrellas. Una lucecilla que volaba hacia Oriente indicaba la huida de mi mujer.

Loco de rabia, grité:

-Karnath le ha ofrecido la eterna juventud y la vida y ha huido conmigo.

Me volví a mi criado.

-¡Sigámosle! -exclamé.- Quiero alcanzarles y vengar mi honor.

Subimos los escalones de mármol hacia la azotea, donde estaban guardados los aparatos voladores. Al llegar allí, todo el edificio bajo nosotros se estremeció ligeramente. Volvió a vacilar, con algo más de violencia, mientras corríamos hacia uno de los largos y aerodinámicos aparatos voladores.

-Un terremoto, mi amo -dijo Sthan, temblando de miedo.

-No es nada. Dentro de un momento habrá terminado -repliqué.- Sube al aparato.

¡Juro por todos los dioses que en aquel momento no tuve la menor sospecha de la verdad! Los temblores de tierra eran muy corrientes en la Atlántida. Si hubiera creído otra cosa no habría emprendido mi persecución.

Pero, ¿lo hubiera hecho realmente? A veces creo que en la locura de aquel momento habría seguido detrás de los fugitivos, aun sabiendo toda la verdad. Porque entonces estaba yo loco de celos y rabia contra Karnath y Etain. Y, sin pensar más que en los fugitivos, hice que mi nave aérea se elevase hacia el cielo.

-Sigue rectamente tras ellos -ordené a Sthan, cediendo el mando del aparato.

-Les seguiré, mi amo -replicó el fiel servidor.

A una velocidad de suicidio, volamos tras los fugitivos, cruzando por encima de la dormida ciudad. De pronto, terribles ráfagas de viento azotaron nuestro aparato, zarandeándolo de un lado a otro como si fuera una hoja seca. El viento parecía haber eloquecido súbitamente, y sólo nuestros cinturones de seguridad nos impedían salir disparados. Sthan lanzó un grito de horror y señaló hacia atrás.

Al volver la vista se me heló la sangre en las venas. La Atlántida y las tierras limítrofes se agitaban como las olas de un mar embravecido.

-¡Dioses de la Atlántida! -exclamé, al ver aquello.-¡Antes de huir Karnath ha abierto las llaves de la Fuerza para destruirlo todo e impedir que les perseguiéramos!

Mi propia culpa me abrumó. Yo, el Guardián de la Fuerza, había desertado de mi puesto para satisfacer una venganza personal, mientras la Fuerza confiada a mi cuidado aniquilaba mi patria.

-¡Atrás! ¡Vuelve al Palacio de la Fuerza! -grité.

Pero Sthan, fuertemente agarrado a una de las correas de seguridad me replicó, a gritos:

-¡El aparato no obedece al timón!

Mientras éramos sacudidos en el aire, asistimos al cataclismo que se desarrollaba bajo nosotros. La ciudad y sus alrededores eran destruidos, hechos añicos, y el pequeño Palacio de la Fuerza se vió de pronto despedido por el aire por una columna de lava incandescente.

El cielo fue iluminado por la purpúrea llama que, cual surtidor de fuego, brotaba del centro de la ciudad. Pudimos ver como hombres, mujeres y niños, que corrían allocados por las calles de la ciudad, morían destrozados por las masas de mármol que se precipitaban sobre ellos desde lo alto, o consumidos por la lava abrasadora.

El volcán creció en intensidad, y, de pronto, mi criado me dijo:

-Ayo, la tierra se hunde.

Helado por el horror, vi como, por mi descuido, aquella hermosa tierra era destruida. Lentamente, todo el país se fue hundiendo bajo el agua, que invadió sus calles en grandes cataratas, como si los caballos de las olas se sintieran alegres de su nueva presa. El mar llegó al fin al volcán y estallóse fiera lucha entre el agua y el fuego. Al fin, entre densísimas nubes de vapor y horribles silbidos, triunfó el agua. Un último y blanco edificio brilló un momento sobre el mar y luego, el lugar ocupado unos minutos antes por la Atlántida, fue sólo una llanura marina.

Nuestro aparato volador cesó en sus saltos. Levanté los brazos al cielo y exclamé:

-¡Dioses de la Atlántida! Yo soy el culpable centinela que no supo guardar el poder que su patria le había confiado. Estoy dispuesto a purgar con mi vida esa culpa. Pero antes quiero encontrar a los otros dos culpables, para que también ellos purguen su culpa. Si es necesario, los perseguiré durante toda la eternidad, y la venganza de Ulíos les alcanzará antes de que Ulíos se venga de sí mismo.

Sthan, temblando de miedo, me agarró de un brazo.

-¿Dónde vamos ahora, mi amo? La Atlántida ya no existe... Ha terminado para siempre.

-Hacia Oriente, tras el aparato de Karnath y Etain. De ahora en adelante sólo viviremos para la venganza.

CAPITULO III

Así empecé la persecución que debía durar siglos. Sthan y yo llegamos a las salvajes tierras del Norte de Africa. No pasó mucho tiempo sin que encontrásemos el aparato volador de nuestros perseguidos, que lo habían abandonado al terminarse su fuerza.

Poco después, y por la misma razón, tuvimos que abandonar también el nuestro. Mi criado y yo proseguimos, a pie, nuestra búsqueda, siguiendo la pista a través de mil peligros. Y los traidores debían de conocer nuestra persecución, pues huían con creciente rapidez.

Salvajes tribus y monstruosas bestias, tormentas y desiertos, mon-

tañas y ríos fueron conquistados por nosotros. Pasó un año, y otro, y otro, y seguimos sin alcanzar a los que escapaban ante nosotros.

La vida sólo tenía para mí un motivo. ¡La persecución! En algún sitio y en algún tiempo llegaría junto a los infames que habían aniquilado mi patria.

Sthan me seguía como mi sombra, firme, fiel, sin que jamás vacilara. Nosotros dos y los dos a quienes perseguíamos éramos los cuatro últimos supervivientes de la poderosa Atlántida.

Año tras año seguimos la pista, perdiéndola a veces durante meses, pero siempre encontrándola de nuevo. Yo había perdido ya toda noción del tiempo, pero me daba cuenta de que la nieve blanqueaba ya mis cabellos y los de Sthan.

Por fin, un día llegamos a un túmulo de tierra cerca de un poblado salvaje. Separamos la tierra y descubrimos debajo dos cuerpos. Eran los cadáveres de Etain y Karnath.

El cabello de mi antiguo ayudante era gris, y la belleza de Etain habíase desvanecido, pero no cabía duda de que estaban allí los dos que buscábamos. Durante largo rato no pude dejar de mirarlos. ¿Cómo era posible que me viera así privado de mi venganza?

Al fin volví los cadáveres y observé que a ambos les faltaba el cerebro. Sus cráneos estaban vacíos. Entonces lo comprendí todo y me invadió una salvaje alegría. ¡No me vería privado de mi venganza!

-¡Mira, Sthan! -dije a mi criado.- Los que perseguimos no están muertos.

-Pero si esos son sus cadáveres, mi amo -replicó, perplejo, mi seguidor.

-Sí, pero ellos no habitan ya esos cuerpos. Karnath ha transferido a otro cuerpo joven el cerebro de Etain y le ha enseñado a ella a transferir igualmente su cerebro a otro cuerpo más joven. Creen que, por este medio, podrán huir de mí. ¡Pero los encontraré! Tú y yo, - Sthan, buscaremos también cuerpos más jóvenes, a fin de proseguir la persecución.

-Pero yo soy incapaz de hacer una cosa tan maravillosa como la de transferir un cerebro a otro cuerpo -dijo mi fiel criado.

-Te enseñaré a hacerlo, Sthan. Y siempre que nos sintamos viejos podremos tomar un nuevo cuerpo, lo mismo que piensan hacer Karnath y Etain. De esa forma nos será posible perseguirles eternamente, hasta que los alcancemos.

Nos instalamos cerca del poblado de los salvajes y, durante algún tiempo, me ocupé en la preparación de los instrumentos y en enseñar a Sthan la difícil operación de la transferencia de un cerebro viviente a otro cráneo. No me daba prisa. Sabía que aquellos a quienes perseguía no podrían ir tan lejos que se pusieran fuera de mi alcance. Mi venganza era, pues, segura.

Cuando Sthan, después de muchas prácticas, se convirtió en un experto cirujano, nos apoderamos de dos jóvenes guerreros salvajes y transferí el cerebro de Sthan al cráneo de uno de ellos.

El nuevo cráneo de mi criado se curó, las células se unieron unas a otras, y no pude dejar de sentirme admirado de la ciencia de la Atlántida. Cuando Sthan estuvo en condiciones de levantarse, realizó la misma operación conmigo, transfiriendo mi cerebro al cráneo del otro salvaje.

Cuando me desperté no era ya un viejo, sino un hombre joven lleno de vida y vigor.

-¡Prosigamos la persecución! -dije a Sthan.

La pista de Karnath y Etain nos condujo hacia Oriente, a través de la selvatiquez del Africa.

Pasó una generación, y otra, y otra, mientras seguíamos a los traidores a través de aquellos desiertos y selvas. El tiempo carecía ya de importancia para nosotros. Cuando nos sentíamos débiles no teníamos más que detenernos y apoderarnos de otros cuerpos. Aquellos a los que perseguíamos hacían lo mismo.

Durante medio siglo perdimos la pista en los grandes desiertos y lagos salados del Sur, pero, al fin, volvimos a encontrarla. Conducía hacia el norte, hacia un pueblo bárbaro que había establecido una rudimentaria civilización en el fértil valle del Nilo. Aquel pueblo, que

llamaba a su tierra Egipto, poseía sólo unos vagos conocimientos aprendidos de los exploradores atlantes. En ellos cimentó su civilización. La pista de Karnath y Etain nos llevó a la ciudad egipcia de Menfis.

Entramos en aquel lugar, cuyos edificios eran en su mayoría chozas de barro levantadas junto al Nilo. La gente miraba curiosamente nuestras vestiduras del desierto.

De pronto observamos un gran movimiento de gente. El pueblo se inclinaba ante un palanquín conducido por esclavos negros. En el palanquín sentábase una mujer de gran belleza, vestida con una tela casi transparente. Su mirada y la mía se cruzaron al pasar.

Dominando la loca alegría que me embargaba, pregunté a un campesino:

-¿Quién es esa dama?

-Es la esposa del noble Kahotep. Llegaron hace poco, pero se han ganado el favor del Paraíso.

Volviéndome hacia mi criado, le dije:

-Sthan, muestra busca ha terminado.

Nos dirigimos a la villa de Kahotep. Se trataba de una casa cuadrada, rodeada de un alto muro de ladrillo que encerraba un verde jardín.

Al acercarnos a la puerta, cayó sobre nosotros un grupo de guardias armados que nos hicieron entrar en la villa. Una vez allí ví acercarse un alto y vigoroso egipcio y la mujer de belleza deslumbradora que ya había visto.

-Saludos, Ulios -dijo, burlón, el noble.- Jamás te hubiera conocido bajo ese cuerpo; pero Etain fue más lista y, por ello, te esperábamos.

Miré a la morena belad en quien acertadamente había supuesto a Etain. Luego me volví hacia Karnath.

-Karnath, cuando tu indigna acción soltó todas las fuerzas que destruyeron la Atlántida, solo mi criado y yo nos salvamos. Los dioses nos conservaron la vida porque el pecado de tu indigna acción era también mío, y, para hacérmelo perdonar, tenía que vengarme.

Karnath y Etain rieron cruelmente.

-Grandes bravatas en uno que se encuentra en mis manos -dijo Karnath. Luego siguió, burlón:

-Ulios, ha llegado ya el momento de que tú y Sthan toméis nuevos cuerpos. Los que ahora utilizáis están envejeciendo, como, por desgracia, les ocurre a todos. Por lo tanto, voy a proveerme de unos nuevos.

Dió una orden y los guardias armados hicieron entrar en el patio dos hombres. Ambos eran viejísimos. Uno de ellos casi ciego, y el otro estaba casi paralítico.

-Estos son los cuerpos que ocuparéis tú y Sthan -dijo Karnath.- ¡No os parecen fuertes, jóvenes y apetecibles?

Nos hizo conducir a una de las habitaciones de la casa, donde se encontraban sus instrumentos y productos químicos.

CAPITULO IV

La operación se realizó prontamente. Mi cerebro fue transferido al cuerpo del ciego y el de Sthan al del paralítico.

-Ahora seréis conducidos al desierto -dijo Karnath- y allí podréis seguir madurando planes de venganza. Y, al morir, acordaos de Etain y de mí, que seguiremos viviendo eternamente.

Los guardianes nos condujeron al terrible desierto y nos dejaron allí. Ciego y débil, sentí el terrible martirio del sol, que iba destruyendo la poca fuerza que me quedaba. Pero no desesperé.

-Sthan -le dije al viviente marmol en que mi servidor estaba transformado.- Aún no podemos morir, pues mi venganza está sin terminar.

-Sí, mi amo -replicó el fiel Sthan.

Levanté en brazos su paralizado cuerpo y, guiado por sus ojos, emprendí la marcha por el desierto.

Sabía que aún no podía morir. Este convencimiento aumentó la fuerza de mi viejo cuerpo y lo sostuvo durante dos días.

No sé cómo pude resistirlos, sin comer ni beber, bajo el terrible sol, arrastrando el cuerpo paralítico de mi criado. ¡No lo sé! Pero, al fin, llegamos a un oasis habitado por hombres del desierto.

Nos recibieron con supersticioso temor y admiración y nos trataron

bondadosamente. Pronto recobramos algo de nuestras fuerzas. En mi cerebro sólo latía una idea: ¡Karnath y Etain! Debíamos procurarnos nuevos cuerpos. Por estar parálitico, Sthan no podía realizar la transferencia de los cerebros, por lo tanto yo tenía que efectuarla antes que él. Pero ¿podría hacerlo estando ciego?

Sólo los dioses saben cómo pude hacerlo.

A tientas, sin ver lo que hacía, conseguí transferir su cerebro al - de un joven guerrero a quien logré capturar. Cuando Sthan se hubo rehusado de la operación, se apoderó de otro joven y colocó en su cráneo mi cerebro.

-¡Mi venganza podrá realizarse! -exclamé, sintiéndome de nuevo joven y fuerte.- Sthan, regresemos a aquel poblado.

Pero cuando llegamos a Menfis, Etain y Karnath no estaban ya allí.- Egipto estaba en guerra con Etiopía y, junto con otros aterrados egipcios, el traidor y la traidora habían huido Nilo abajo, en busca de seguridad.

Marché hacia allí con Sthan, pero no pude hallarles en todo Egipto. La invasión etíope había borrado sus huellas y pasaron cuatro generaciones antes de que volviéramos a encontrarles.

Marchamos hacia el Asia, siguiendo inexorablemente la pista, utilizando cuerpo tras cuerpo, al mismo tiempo que aquellos a quienes perseguíamos huían, pasando de cuerpo en cuerpo también.

Los años eran como horas para nosotros; una generación nos parecía algo muy breve. Apenas ocupábamos un cuerpo joven, nos sentíamos ya viejos, y debíamos abandonarlo por otros.

Había algo que Sthan y yo temíamos enormemente. Y era el que uno de los dos muriera a causa de un accidente. Pues si sólo uno de nosotros quedaba vivo, la persecución no podría seguir, ya que no habría quien - transfiriese su cerebro a otro cuerpo y debería morir con el que ocupara.

Avanzábamos a través de pueblos, guerras, ciudades sin número, siguiendo siempre la pista. Las rudas civilizaciones que se levantaban en el mundo no significaban nada para nosotros, que habíamos visto la Atlántida en toda su gloria. Jamás en muchos siglos sería igualada la Atlántida.

La pista nos condujo, al fin, a una gran ciudad del Noroeste, Babilonia. Una tarde de primavera, Sthan y yo, bajo el aspecto de dos jefes hititas, cruzamos el puente sobre el Eufrates, lleno de redondos botes de cuero, y nos aproximamos a las macizas murallas de Babilonia.

-Nuestra busca se termina, Sthan. Tengo el presentimiento de que Karnath y Etain se encuentran en esta ciudad.

-Entonces los encontraremos, mi amo.

Cruzamos las puertas de bronce de Babilonia y penetramos en las calles con sus casas de ladrillo, llenas de oscuros caldeos, vestidos con largas túnicas blancas, de hilo y lana, cubiertos con turbantes los largos cabellos. A la izquierda se levantaba el enorme templo de Marduk. Más allá veíanse los grandes palacios del rey.

Detuve a un transeúnte y le pregunté:

-Amigo, ¿puedes decir una cosa a un extranjero? ¿Quién es la más hermosa mujer de Babilonia?

El hombre miró desdeñosamente mis ropas, y dijo:

-Sólo un extranjero, en realidad, podría ignorar que Tocris, la esposa del rey Nabonidus, es la más hermosa mujer de Babilonia y del mundo.

Volví junto a Sthan, y le dije:

-Los dos a quienes buscamos son ahora rey y reina. Estoy seguro de que Tocris y Nabonidus son Etain y Karnath, pues ella habrá escogido el cuerpo más hermoso que exista.

Aquel día pedí audiencia al rey, diciendo que le traía el homenaje - de mi tribu.

Pasaron muchos días antes de que se me concediera dicha audiencia. Y cuando por fin fui introducido a presencia de Nabonidus, me registraron concienzudamente para descubrir si llevaba algún arma. Ref en mi interior de sus precauciones, pues llevaba también oculto en la cabellera un cuchillo de bronce que no pudieron encontrar.

Nabonidus estaba sentado en un taburete de marfil, en uno de los jardines colgantes del palacio, sobre la puerta de Ishtar.



Su rostro era moreno, alargado, y su mirada estaba cargada de recelos. A su lado sentábase Tocris, su esposa, alta, hermosa. Mi cerebro gritó: "¡Etain!"

Me adelanté casi a rastras, inclinando lacabeza hasta el suelo, tal como los chambelanes me habían indicado. El corazón me latía aceleradamente a medida que veía acercarse el momento de mi anhelada venganza.

Me levanté al fin, Nabonidus inclinóse con impaciencia. Instantáneamente mi cuchillo centelleó en el aire, buscando su corazón.

Tocris fue demasiado rápida para mí. Sus ojos habían leído mi intención y, con la rapidez de un tigre, apartó mi brazo.

Hubo gritos de oficiales y carreras de guardias. Me ví encerrado dentro de un círculo de fuertes brazos, frente al rey y a la reina.

Nabonidus me miró más de cerca y, al fin, su rostro se iluminó. También Tocris sonreía.

-Bienvenido, Ulios -dijo el rey.- Ya nos imaginábamos que, más tarde o más temprano, llegarías.

-¿Y habéis pensado también que más pronto o más tarde los dioses me permitirán ejecutar sobre vosotros su venganza?

En sus rostros leí el pavor que no les había abandonado en el curso de los siglos.

-Siempre fuiste un loco, sabio Ulios -se burló Etain.- Tus dioses tendrán que buscar un nuevo instrumento de venganza, pues aquí termina tu peregrinación.

-Esta vez no podrás escapar como en Egipto -dijo Nabonidus.- Toda Babilonia te verá mañana por la mañana morir en el tormento.

Me encerraron en el más profundo de los calabozos y colocaron cinco guardias a la puerta de mi mazmorra.

Me tendí tranquilamente a dormir sobre el suelo. Tenía la seguridad de que no moriría.

Dos horas antes de que amaneciera me despertó un roce en una de las paredes de mi encierro, en la cual apareció un agujero y por él, después, la cara de mi criado Sthan.

-Mi amo, creí no poder llegar a tiempo.

-Has trabajado bien, Sthan. Salgamos de este antro.

-¿Para buscar a Karnath y Etain, mi amo?

-Ahora están demasiado bien guardados. Salgamos antes de la ciudad y procurémos nuevos cuerpos. Entonces regresaremos.

Salimos de Babilonia por complicados caminos y nos dirigimos hacia las llanuras del Norte. Allí, entre los fieros nómadas del Medes y los persas adquirimos nuevos cuerpos. Vi que aquellas gentes eran muy guerreras y me enteré de que su jefe era un poderoso bárbaro, llamado Ciro.

Por medio de repetidas narraciones de la riqueza y debilidad de Babilonia, logré, en poco tiempo, que él y sus jinetes y arqueros marcharan contra Babilonia. Sthan y yo íbamos a vanguardia de la horda persa, y era agradabilísimo cabalgar hacia el sur, hacia la ya tan retrasada venganza contra Karnath y Etain. Fue dulcísimo para nosotros galopar a través de las humeantes calles de la aterrada Babilonia, con los conquistadores, entre el silbido de las flechas y los gritos de muerte de los hombres y los alaridos de las aterradas mujeres, en dirección al oscuro salón del trono de Nabonides.

Sthan y yo, con las espadas ensangrentadas, penetramos allí, encontrando a Nabonidus y Tocris en unos catafalcos.

Me precipité hacia los cadáveres. Mis temores se habían realizado. Los cuerpos carecían de cerebro. ¡Habían escapado nuevamente!

Un aterrado summo nos explicó:

-Cuando vuestras fuerzas llegaron cerca de Babilonia, el gran rey y se esposa se encerraron juntos y llamaron a un joven guerrero y a una bella doncella. Más tarde salieron el guerrero y la doncella. A los reyes los encontramos muertos ya.

Agité el puño en medio del estruendo de la Babilonia que se hundía.

-¡Os encontraré, Karnath y Etain! -grité.- ¡Ulios y su venganza os seguirán buscando hasta dar con vosotros!

CAPITULO V

Sthan y yo paseamos por las calles de otra ciudad.

-Sthan, esta es Roma, la Señora del Mundo y Luz del Universo. ¿Qué te parece?

-Comparada con la Atlántida, me parece una mísera choza, mi amo.

-Es verdad; pero, a menos que me equivoque, en algún lugar de aquí encontraremos a Karnath y Etain.

En aquellos momentos utilizábamos los cuerpos de unos marinos griegos, y avanzábamos por la concurrida Suburra. Legionarios de rostro fiero y brutal, mal alimentados mendigos, mercaderes sirios y culebreantes danzarinas egipcias, nos rodeaban. De las oscuras tiendas llegaba olor a vino agrio, cebollas y pescado frito. Vendedores ambulantes proclamaban la excelencia de sus géneros y dos soldados borrachos entablaban fiera lucha ante nosotros. De las ventanas, numerosas mujeres blancas, negras y cobrizas nos llamaban a gritos.

-Salgamos de este lugar de locura, Sthan. En esta parte de la ciudad no encontraremos a Karnath y a Etain.

Seis centurias habían transcurrido ya desde que Sthan y yo penetráramos con los persas en Babilonia, descubriendo que nuestra presa había huido. Veinte cuerpos más habían sido habitados por cada uno de nosotros. La persecución no se interrumpió ni un sólo momento. A través de las ciudades-estado de Grecia y las Islas del Egeo, les habíamos perseguido incansablemente, pero siempre parecían advertidos de nuestra proximidad con tiempo suficiente para desaparecer. La creciente grandeza de Roma me atrajo allí, convencido de que había de hallar forzosamente a los traidores.

Sthan y yo salíamos de la Suburra, cuando una mano se apoyó en mi es

palda. Me volví, encontrándome ante el bronceado rostro de un centurión.

-Quedáis arrestados por orden de Tiberio -dijo.- Y los soldados que le acompañaban se hicieron cargo de nosotros en seguida.

-No hemos hecho ningún daño -dije.- Hemos desembarcado esta mañana.

-Podréis alegar vuestra inocencia al César -nos replicó secamente.- Tengo orden de conducirlos ante él.

Una hora más tarde éramos conducidos por numerosa guardia ante el -señor de Roma, en su gran palacio del Palatino. Tiberio nos miró con ojos vidriosos. Se trataba de un viejo a quien la vida de disipación -que llevaba había envejecido aún más. Junto a él se encontraba un delgado y elegante romano de ojos profundos y sutiles y una mujer de soberbia e indolente belleza.

Su hermosura me dió la clave de todo el suceso, y le dije, pausadamente:

-Esta vez tú y Karnath me esperábais, ¿verdad, Etain?

-Sí, Ulios, estamos ya hartos de tu estúpida persecución -replicó -la mujer con una risa que trataba de disimular su miedo.

Entretanto, Karnath le dijo a Tiberio:

-Ese es el hombre, César. Es un hechicero que ha venido a Roma a envenenarte.

Tiberio me miró con sus vidriosos ojos, y dijo, amenazador:

-¿Qué tienes que responder a la acusación de Máximo?

-César, he venido a Roma a matar, pero no eres tú la víctima por mí elegida -dije.- Es a Máximo a quien quiero matar para satisfacer una vieja venganza. Si eres sabio, me lo entregarás. De lo contrario, descubrirás que es una víbora que no tardará en morderte.

-¡Mentira! -exclamó Máximo.

Y Tiberio replicó:

-Máximo me ha enseñado modalidades de placer que antes no conocía. Después de mí, es el primer ciudadano de Roma, y las falaces palabras de un envenenador como tú no pueden causarle ningún daño.

Comprendí perfectamente la situación. Karnath se había apoderado de la voluntad del viejo emperador, revelándole algunos de los diabólicos placeres que había aprendido en el curso de sus largos viajes.

-Es cierto que soy un hechicero -repliqué, sonriendo.- No he venido a Roma a matarte. He venido a prestarte nueva vida.

El emperador frunció el ceño.

-¿Qué quieres decir?

-Puedo cambiar ese cuerpo tuyo, viejo y decadente, por otro nuevo y vigoroso.

Los ojos de Tiberio se dilataron, esperanzados.

-¡Por mis antepasados, que si eres capaz de hacer lo que prometes..! -y no terminó la frase.

-No puede -intervino Máximo.- No escuches sus promesas...

-¡Juro que puedo hacer lo prometido! -repliqué al emperador.- Y el único premio que solicito es que ese hombre y esa mujer me sean entregados.

Observé que Karnath y Etain palidecían, pero Tiberio rechazó sus exclamaciones y protestas. La mirada del emperador estaba fija en mí.

-Un virtuoso y joven pariente mío es quien ha de sucederme en el trono. Toda Roma anhela mi muerte, a fin de encontrar en él un gobernante justo. ¿Podrías transferirme a su cuerpo?

Me incliné profundamente, replicando:

-Lo mismo que a cualquier otro cuerpo, César.

Tiberio soltó una estridente carcajada.

-¡Qué broma para el pueblo romano! Están esperando verse libres de -mí, y cuando crean haberlo conseguido se encontrarán con el disgusto de tener que soportarme muchos años más!

Se levantó.

-Hechicero, me acompañarás a Capri y allí realizarás la transferencia. Si lo consigues, ese hombre y su mujer son tuyos.

-Pero huirán. Los quiero ahora.

-Recibirás tu premio cuando hayas realizado el trabajo -me replicó.- Mientras estemos fuera serán bien vigilados.

Marché a Capri con el viejo emperador, aunque no tenía grandes esperanzas de poderme vengar de Etain y Karnath, a pesar de dejarlos bajo

la vigilancia de fieles legionarios.

El cuerpo al que transferí el cerebro de Tiberio era el de un joven pariente suyo llamado Calígula. Toda Roma le amaba por sus virtudes y esperaba anhelante que sucediera al odioso Tiberio.

Una vez hube transferido el cerebro del emperador al cráneo de Calígula, fingimos descubrir el cadáver de Tiberio. La muerte de éste — causó una indescriptible alegría, que aumentó al ser nombrado Calígula emperador.

—Pronto se darán cuenta de qué clase de tipo es su virtuoso Calígula.

En efecto, las infamias del nuevo soberano y sus indescriptibles vicios empezaron casi el momento, desconcertando al pueblo que había festejado su elección.

—Recuerda tu promesa, —César —le dije, impaciente.— Máximo y la mujer han de ser míos.

Pero al volver a Roma con él, descubrí que se habían realizado mis temores. Karnath y Etain habían huido. A su astucia no le fue difícil burlar a los centinelas y nadie sabía dónde estaban.

—Olvídalos —me dijo Calígula.— Debes quedarte aquí y prestarme nuevos cuerpos cuando los necesite. Serás mi favorito.

Fingí acceder, pero aquella misma noche mi criado y yo partimos de Roma. De nuevo seguimos en vano la pista de Etain y Karnath.

—¿Te cansas de esta larga persecución, Sthan? —pregunté.

—No, mi amo. Iré a donde me ordenes.

CAPITULO VI

Atravesamos un denso bosque cubierto por las brumas nortefías. Copos de nieve descendían lentamente del cielo. Sthan y yo, transformados en dos fieros guerreros cubiertos de malla de acero, conducíamos a un centenar de los peores bandidos que han existido en la Sajonia del siglo X.

Sthan señaló por entre un claro de los árboles que permitía ver un castillo cuadrangular con torres en sus cuatro ángulos, cuyos puntiajos dos tejados levantábanse hasta el cielo.

—Ese debe de ser el castillo del conde Otto, mi amo. Nos dijeron — que él y su mujer gobiernan esta región.

—Sí, y ese conde Otto y su esposa son los dos a quienes hemos buscado durante tanto tiempo —repliqué, recreando la vista en el castillo. Me volví hacia nuestros feroces seguidores.

—Aquí nos detenemos —dije.— Sthan, saca nuestras ropas de trovadores.

Al cabo de unos minutos, mi servidor y yo habíamos cambiado nuestras armaduras por las menos bélicas vestiduras habituales en los trovadores. En vez de espadas, llevábamos laúdes.

Una vez hecho esto, dije a mi lugarteniente, un feroz asesino llamado Bokhard:

—¿Recuerdas bien lo que debes hacer?

Asintió con la cabeza.

—Mis hombres y yo debemos acercarnos al anochecer al castillo y esperar que tu criado nos abra desde dentro la porterna.

—El botín será tuyo —dije.— Sthan y yo no queremos nada.

Los dos salimos del bosque y avanzamos lentamente hacia la fortaleza. Una vez más el corazón me estallaba de alegría. Treinta generaciones habían transcurrido desde que Etain y Karnath se nos fueron de entre las manos en Roma. La Ciudad Imperial habíase derrumbado bajo la invasión de los bárbaros, pero siglo tras siglo, Sthan y yo habíamos seguido a aquellos dos odiados seres...

Por dos veces, casi los tuve en mi poder. Una vez en Bizancio, cuando reinaba Joviano, y otra en Córdoba, donde encontré a Karnath bajo el aspecto de un noble árabe. En ambas se me escaparon. Pero Sthan y yo siempre volvíamos e encontrar su pista, tomando y desechando cuerpos cada veinte o treinta años. Otra vez logramos tener a los traidores casi en nuestras manos, y entonces tenía la seguridad de que no se me escaparían.— Lentamente, proseguí la marcha hacia el castillo.

Los hombres de armas del conde Otto nos permitieron entrar antes de cerrar las grandes puertas. Nos instalamos en el enorme y oscuro comedor, comiendo con los criados grandes trozos de carne medio asada, tirando los huesos al suelo, a los perros, que entablaban feroces batallas disputándose los. Al otro extremo de la estancia, casi invisibles, sentábanse el conde Otto y la condesa Garda. El era un hombre hermoso, arrogante, y ella la más bella mujer de su época. Siempre Etain escogía los cuerpos más bellos.

Sin embargo, pude comprender que vivían en continuo temor. Eran los eternos perseguidos, que siempre temían les alcanzase el golpe inesperado. Y acaricié con placer el puño de mi largo puñal, que dentro de poco hundiría en el cerebro de Karnath.

Cuando terminó la cena, hice una seña a Sthan, que se apresuró a salir del comedor. Luego, como había esperado, el conde Otto pidió música a los trovadores que aquella noche habían cenado en el castillo.

Me adelanté hasta llegar a unos metros de ellos, y, templando el laúd empecé a cantar, con la mirada fija en sus rostros:

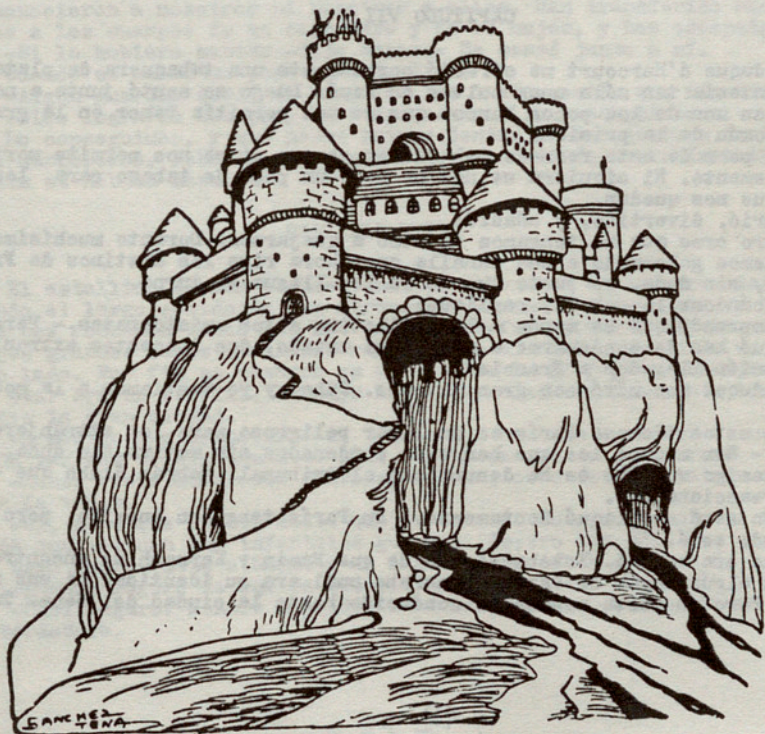
"Hace años y allá lejos,
una isla en pleno mar,
que al sol gustaba besar
con sus cálidos reflejos.

El pecado aquella tierra
tan hermosa destruyó.
La mano que la abatió
supo huir cual fiera artera."

El rostro del conde Otto se transformó. Su esposa también dejó entrever en sus facciones el temor que la asaltaba.

Como si no observase lo que les ocurría, continué:

"Dos vengadores pudieron
salvarse del cataclismo,
y los culpables persiguieron
por los desiertos y abismos..."



-¡Ulíos! -gritó Otto, poniéndose en pie y llamando a sus hombres de armas.

-¡Sí, Ulíos, por fin! -exclamé, tirando a un lado mi laúd y empuñando mi daga.

-¡Detenedle! -gritó el conde a sus soldados, pero su orden fue interrumpida por un grito de muerte que sonó en algún lugar del castillo. Después oyóse un estruendo de hierros y choques de armas y mis cien bandidos penetraron en el comedor.

Sthan los conducía y, en un momento, cayeron sobre los guerreros del conde.

Con mi daga en alto me precipité sobre Karnath, dispuesto a hundírsela en su cabeza. Un momento más y la busca que duraba desde hacía cincuenta mil años habría terminado. Pero olvidé a Etain. En el instante en que yo saltaba sobre el conde, ella se colocó detrás de mí, hundíendome su estilete en la nuca.

Caí ahogado por la sangre. Al chocar contra el suelo vi cómo Etain y Karnath huían por una puerta secreta. Mis bandidos estaban hartos ocupados recogiendo el botín, para fijarse en nada.

El aterrado Sthan inclinóse sobre mí.

-Mi amo...

Con mano temblorosa señalé la puerta, tartamudeando:

-Síguelos... síguelos...

-¡No, mi amo! exclamó.- Te estás muriendo. Si no transfiero tu cerebro a otro cuerpo morirás.

Señalé de nuevo hacia la puerta y luego todo se oscureció a mi vista.

Cuando desperté, Sthan se hallaba ansiosamente inclinado sobre mí. Me encontraba en un lecho del castillo.

Me miré. Ocupaba un huesudo y vigoroso cuerpo cubierto con una cota de mallas. Y en un espejo que Sthan me tendió vi el rostro de Eckhard.

-Trabajé con el tiempo justo, mi amo -me dijo Sthan.- Dejé sin sentido a Eckhard y antes de que muriese coloqué tu cerebro en su cráneo.

-¿Y Karnath y Etain? -pregunté, sentándome.

-Huyeron por el pasadizo secreto que sin duda tenían ya dispuesto para el caso. Pero volveremos a encontrarlos, mi amo.

-Los encontraremos, Sthan.

CAPITULO VII

El duque d'Harcourt me ofreció cortésmente una tabaquera de plata que contenía tan sólo unos polvos de rapé. Luego se sentó junto a nosotros en uno de los pocos bancos que se nos permitía tener en la gran sala común de la prisión.

-Lo peor de este reinado del Terror es que ni se nos permite morir decentemente. Ni siquiera se nos ha dado un poco de tabaco para los días que nos quedan.

Sonrió, divertido, y añadió:

-Pero creo que no tengamos derecho a quejarnos. Durante muchísimos años hemos gobernado a esa canalla que ahora rige los destinos de Francia, y, sin duda, es justo que ahora les llegue el turno.

Rascándome la cabeza, repliqué:

-Comprendo que se mande a la guillotina a los aristócratas.- Pero, ¿por qué han de condenarme a mí y a mi criado, dos inocentes extranjeros recién llegados a Francia?

El duque nos miró con gran interés. Sthan y yo vestíamos a la moda sueca.

-En estos tiempos París es un lugar peligroso para los extranjeros-dijo.- Son muchos los que han sido condenados sin motivo. Sin duda, algún enemigo nuestro es ha denunciado al tribunal. Habrán dicho que sois reaccionarios.

-Eso será -repliqué lentamente.- En París tengo un enemigo, pero no sé dónde está.

Esto era verdad. Estaba seguro de que Etain y Karnath se encontraban en algún lugar de París. Ignoraba cuál era su identidad ni sus nombres. Pero su pista nos había conducido hasta la ciudad del Sena. Tal

vez era el mismo Karnath quien nos había condenado a la guillotina a pesar de que tenía el convencimiento de que no podría reconocernos bajo nuestro último disfraz. Claro que también podía deberse nuestra condena a algún rumor vago. Fuera lo que fuese, maldije la suerte que nos condenaba a morir sin ver satisfecha nuestra venganza. ¿Era posible - que nuestros perseguidos fueran sutiles fantasmas que se nos escaparan impalpables, como jirones de niebla?

Desde aquella noche, ochocientos años antes, cuando huyeron del castillo del conde Otto, les habíamos seguido generación tras generación, cuerpo tras cuerpo. En Italia, España, a través de Europa, hasta el - Asia, por todos esos lugares habíamos pasado, sin que jamás lográsemos acercarnos a ellos. Y ahora, en el verano del 1793, en que Francia se estremecía bajo el reinado del Terror, parecía que nuestra busca había terminado para siempre.

El duque d'Harcourt se levantó, interrumpiendo mis sombrías reflexiones.

-Debo regresar junto a madame la duquesa. Deseo que la espera de la muerte no se os haga demasiado torturante.

-Mientras hay vida, hay esperanza -recordé.

El aristócrata se inclinó sonriente.

-Sí, mientras vivimos esperamos, aunque sabemos que la esperanza es casi inútil. Adiós, caballero.

Cuando se hubo marchado, me volví hacia Sthan.

-¿Crees que es inútil toda esperanza?

-Tu inteligencia nos sacará de aquí, mi amo -replicó Sthan, con la confianza desarrollada durante seis mil años.

A la mañana siguiente hubo una gran conmoción en la cárcel, a la que siguió un incesante ir y venir de guardias. Un compañero de prisión me explicó, muy excitado:

-El duque y la duquesa d'Harcourt fueron horrorosamente asesinados esta noche. Un carcelero y su mujer han desaparecido y se cree que ellos fueron los asesinos.

En aquel momento llegaron unos hombres conduciendo los cadáveres. Se me dilataron los ojos al mirarlos. Los cráneos del duque y la duquesa estaban abiertos. Sus cerebros habían desaparecido.

Loco de rabia, le dije a Sthan:

-El duque y la duquesa d'Harcourt eran Karnath y Etain. Ni ellos nos reconocieron a nosotros ni nosotros a ellos. Han transferido sus cerebros a los cuerpos de un carcelero y de su mujer, y han escapado.

-Si lo hubiera sabido -dijo Sthan.- Se sentó junto a mí.

Cuando se calmó un poco mi ira, dije:

-Algún guardia debió de traerles los instrumentos que necesitaban. Si ellos lograron escapar, también nosotros lo conseguiremos.

Lo conseguimos, y una noche fuimos dentro de los cuerpos de dos de los carceleros. Febrilmente registramos todo París, pero Karnath y Etain se habían marchado.

CAPITULO VIII

El estallido de las bombas conmovió a Londres en la oscuridad, apagando el largo gemido de las sirenas de alarma que empujaban a los - que nos rodeaban hacia los más próximos refugios subterráneos. A lo lejos grandes haces luminosos registraban el cielo, yendo de uno a otro lado. Por fin se posaron en una sombra larga y gris, semejante a un pez. Era un zepelín, de cuyo interior caían continuamente bombas - sobre la gran ciudad.

-A medida que transcurre el tiempo los hombres aprenden a luchar - cada vez más eficientemente. ¿Qué te parecen estos guerreros?

-Hemos visto numerosas guerras, mi amo, pero ésta es la más terrible de todas.

-Sí, pero que luchen hasta que se cansen. Nuestro asunto no tiene nada que ver con sus infantiles guerras. Espero tan sólo que ninguna de esas bombas mate a Karnath ni a Etain. No deben morir así.

-¿Estás seguro de que se encuentran en Londres, mi amo?

-Casi seguro. Dentro de media hora sabremos si esta pista es falsa o verdadera.

Sthan y yo, bajo el aspecto de dos inofensivos españoles, avanzábamos por las oscuras calles del West End londinense, sin hacer caso de las explosiones de las bombas.

Las sirenas seguían gimiendo y los aviones zumbaban sobre nuestras cabezas, anhelando atacar al monstruo. En la ciudad no se veía una sola luz.

Durante un siglo y cuarto, Sthan y yo habíamos proseguido la persecución de aquellos dos cuya pista habíamos perdido en el París revolucionario. Durante todo aquel tiempo no habíamos tropezado con ellos. La conmoción de las guerras napoleónicas borró todas las pistas, y luego, durante todo el siglo diecinueve, nuestros enemigos siguieron eludiéndonos. Una vez, en la Rusia de los zares, casi los alcanzamos, pero huyeron diestramente. Durante doce años perdimos por completo su pista; pero, al fin, ésta reapareció llevándonos hacia un político británico, a cuya casa nos dirigíamos ahora.

-Sthan, presiento que nuestra persecución toca a su fin -dije.

-Yo también siento algo, mi amo. Algo que hasta ahora no había sentido.

Torcimos por otra calle. Las explosiones de las bombas sonaban ya con menos frecuencia, pero nadie aún había salido de los refugios. De pronto, al llegar a un tenebroso callejón, descubrí el brillo de dos pistolas apuntadas a mi cabeza.

No podía salvarme mediante ningún movimiento. Pero un instante viví la agonía de presentir que mi persecución terminaba, efectivamente, pero la destrucción de la Atlántida quedaba sin vengar y mi pecado sin purgar.

Las pistolas escupieron fuego y plomo. Pero Sthan las había descubierto al mismo tiempo que yo y saltó frente a mí.

-¡Cuidado, mi amo! -gritó al saltar. Luego cayó al suelo.

-¡Sthan! -grité yo a mi vez. Y empuñando mi propia pistola, disparé una lluvia de balas contra mis agresores, que cayeron también al suelo.

Una mirada al cuerpo de mi criado fue suficiente. Las dos balas le habían destrozado el cerebro. ¡Habían muerto para siempre a mi compañero ro!

Como atontado, miré a los otros dos muertos. Se trataba de dos tipos asesinos londinenses.

Comprendí que Etain y Karnath habían enviado a aquellos hombres para matarnos. Era ya inútil buscar en Londres a mis dos enemigos. Debían de haber escapado.

Así era, Cuando acudí a casa del político me enteré de que él y su mujer habían desaparecido.

Antes de partir tras ellos hice enterrar en un cementerio inglés a mi fiel compañero de sesenta siglos. Sobre su tumba coloqué una losa en la que se leía:

STHAN DE LA ATLANTIDA UN FIEL CRIADO

Partí nuevamente tras la pista de Etain y Karnath con el terrible convencimiento de que si no encontraba pronto a los que buscaba no los hallaría nunca. Porque ahora ya no tenía a Sthan para que transfiriese mi cerebro a otro cuerpo cuando el que utilizaba se hiciera viejo. Ni tampoco podía enseñar a nadie la operación, puesto que sólo un hijo de Atlántida tenía cerebro suficiente para comprender y realizar ese trabajo.

Mi cuerpo tenía unos cuarente años. A menos de que encontrase a Karnath y Etain dentro de los veinte o treinta años siguientes, moriría sin haberme vengado...

Solo, solo para siempre, emprendí la última persecución en pos de la venganza.

CAPITULO IX

-John Hardwick es el hombre más poderoso de la tierra.
Me volví hacia el que hablaba, uno de los dos jóvenes que se sentaban en la mesa inmediata a la mía en aquel café de París.

Era una tarde de primavera. Los castaños tenían las ramas cargadas de blancas flores.

-Reyes y príncipes son muñecos en manos de John Hardwick. Y hace veinte años no era nadie.

Me acerqué a la mesa de mis vecinos.

-Ustedes perdonen, caballeros, pero me gustaría saber algo acerca de ese Hardwick.

Me miraron dubitativamente; viendo en mí un viejo español de cabellos blancos y rostro bronceado.

-Cree que todo el mundo sabía quién era John Hardwick -dijo uno de los jóvenes.

-Durante los últimos años he viajado mucho -repliqué.- No he leído los periódicos.

-Pues Hardwick es un norteamericano, el hombre más rico de la tierra. Su fortuna asciende a miles de millones. Y su casa, en Nueva York es como la capital de un invisible imperio. Hace veinte años, cuando la guerra, no era más que un empleado sin importancia en una población de los Estados Unidos. De pronto empezó a demostrar una capacidad fantástica para las finanzas, acertando en todas sus imposiciones, y en poquísimos tiempo llegó a la cúspide del poder que actualmente ocupa.

-Y, además, es el esposo de la mujer más hermosa del mundo -dijo el otro joven.

Contuve el aliento.

-¿Es hermosa la mujer de Hardwick?

-Enormemente. Se casó con ella poco después de empezar su ascensión hacia el poder.

Cuando mis dos interlocutores se fueron, me quedé sentado a mi mesa, pensando hondamente. ¿Era posible que John Hardwick y su mujer fuesen Karnath y Etain?

Parecía más que posible. Durante veinte años, después de haber perdido a mi fiel Sthan, no había hallado el menor rastro de la traidora pareja. Mientras mi cuerpo iba envejeciendo, registré furiosamente toda Europa, sintiendo que mis fuerzas se iban agotando. Mi angustia era terrible viendo cómo inexorablemente se acercaba la hora de la muerte que había burlado durante tantos siglos.

Podía muy bien ser que Etain y Karnath hubiesen huído a América y que allí, con la inteligencia lograda mediante una experiencia de millares de años, hubiera ascendido al poder y a la gloria mientras yo les buscaba en vano por el viejo mundo. Sin embargo, si marchaba allí y descubría que no eran ellos, entonces el tiempo perdido podía ser fatal.

Me incorporé. Había decidido marchar a América, jugándomelo todo a la posibilidad de que John Hardwick fuese Karnath.

Dos días más tarde me embarcaba en Marsella, con dirección a Nueva York, abrigando la esperanza de que antes de morir podría satisfacer mi venganza y purgar mi culpa.

En los amplios puentes del barco, a la luz de las linternas y a la música de una orquesta de jazz, hombres y mujeres jóvenes bailaban. En la oscuridad, junto a la borda, yo permanecía con la mirada fija en las negras aguas. Muy lejos, en el fondo de aquel mar, yacían los mármoles rotos y las ruinas de la tierra cuya defensa se me había confiado. Durante todos los siglos transcurridos, la Atlántida había yacido allí, en silencio, ocupada sólo por múltiples peces.

Una pareja, jadeando aún a causa de la danza, se acercó a mí, acomodándose a la barandilla.

-¿Sabes que la legendaria Atlántida dicen que está bajo las aguas por las cuales navegamos? -dijo el joven.

-¿Una ciudad en el fondo del mar? -replicó la muchacha.- ¡Qué romántico! ¿Será verdad eso?

-Claro que no -replicó el hombre.- Un cuento de hadas, nada más, An-

tes la gente creía en la existencia de la Atlántida, pero ahora ya se sabe que nunca ha existido.

La pareja volvió hacia donde sonaba la música; pero yo permanecí - contemplando las negras aguas.

Los dos traidores que habían sumergido mi amada tierra en el fondo del mar, que luego se llamó Atlántico, aún vivían, aún gozaban del provecho de su maldad. Rogué con toda mi alma que se me permitiese vengar a los miles y miles de seres que sucumbieron por su culpa. Y pedí también que se me permitiese expiar mis pecados.

- - - -

Cuando llegué a Nueva York mis esperanzas sufrieron un rudo golpe: John Hardwick y su esposa, que yo esperaba fuesen Karnath y Etain, resultaban poco menos que inaccesibles. Su casa era una especie de castillo feudal colocado en lo alto del mayor rascacielos de Nueva York. Cuando se encontraban allí, numerosos guardas armados vigilaban toda posible entrada. Incluso a los aviones se les prohibía volar sobre el edificio. Cuando los millonarios salían, su auto iba rodeado por otros coches y por más de doce guardianes disfrazados. Las oficinas de Hardwick, en la parte baja de Nueva York, estaban tan bien protegidas como su domicilio.

Durante varias semanas me fue imposible incluso ver sus rostros. Sin embargo no desesperé, pues todo aquello me convencía de que si se protegían tanto era porque tenían miedo de alguien o de algo. Y si eran Karnath y Etain, era indudable que tenían a Ulíos.

Al fin logré verles un momento la cara, un día que bajaban de su "limousine". Una sola mirada al rostro de Hardwick y sobre todo a sus ojos, y a la espléndida belleza de su mujer, me convenció de que eran los que buscaba. Mi corazón entonó una plegaria de gracias. Pero seguía tan lejos como siempre de la venganza. ¿Cómo podría yo, un viejo débil y solo, lograr acceso a la casa de mis enemigos?

Forjé plan tras plan, y todos tuvieron que ser descartados. No había manera de burlar la vigilancia de los guardianes que siempre le protegían. Por fin se me ocurrió una idea, un proyecto muy frágil, pero el único utilizable.

Era imposible entrar en el piso de Hardwick mientras él o su esposa estaban allí. Pero descubrí que, en cambio, no era tan difícil entrar durante su ausencia. Me deslicé, pues, hasta el estudio del millonario y, secretamente, hice lo que había planeado. Después salí - sin que nadie me viera.

Aquella noche acudí nuevamente a la puerta de aquella fortaleza. John Hardwick y su mujer se encontraban ya allí, y la cortina de centinelas era infranqueable. En respuesta a las preguntas de aquellos hombres, escribí en una hoja de papel este sólo nombre: "Ulíos", y pedí que se lo entregaran a John Hardwick.

Unos momentos después regresó el que había pasado mi tarjeta. El millonario ordenaba que me introdujesen. Pero antes me registraron tan concienzudamente, que no ya un arma, sino ni siquiera un alfiler hubiese podido pasar escondido. Luego me hicieron entrar en el estudio.

Allí encontré a John Hardwick y a su mujer, junto a la ventana que dominaba las luces de Nueva York. El millonario empuñó una pistola - que sacó de un cajón de la mesa escritorio y, apuntándome serenamente, ordenó a los centinelas que se alejaran.

Cuando se hubieron marchado todos, quedamos sólo un hombre y una mujer jóvenes, frente a un viejo que los había perseguido siglos tras siglos.

-Bien, Ulíos -me dijo Karnath.- ¿Qué tienes que decir antes de que te mate?

-¡Mátale en seguida! -exclamó Etain, mirándome llena de rabia.-!No me fio!

-No tengas miedo, Etain, ahora no puede causarnos ningún daño -la tranquilizó Karnath y volviéndose hacia mí prosiguió: -¿Por qué has venido así, abiertamente, Ulíos?

Mi voz temblaba al responder:

-Vengo porque quiero terminar nuestro viejo odio. Quiero firmar la

paz. ¿Por qué hemos de odiarnos eternamente, Karnath? Hace muchísimo tiempo que la Atlántida se hundió, murió y fue olvidada. ¿Por qué no hemos de olvidar nuestro rencor y vivir en paz por el resto de los siglos?

Karnath se echó a reír y a la suya se unió la risa de Etain. En sus ojos se leía el triunfo.

-Ulios, a mí no puedes engañarme -replicó Karnath.- Hace veinte años matamos a tu criado, y ahora no tienes ya a nadie que te ayude a trasladar tu cerebro a un nuevo cuerpo, ni puedes enseñar a ninguno de estos bárbaros la operación que tantas veces has practicado. Son incapaces de aprender. Por lo tanto no tardarás en morir para siempre dentro del cuerpo que ahora utilizas, a menos que alguno de nosotros tenga piedad de ti. Bien, yo te tendré piedad, Ulios. Terminaré aquí mismo con tu vida, sin esperar más, y nos veremos libres para siempre de tu persecución. Y Etain y yo viviremos tanto como dure el mundo. ¡Pienso en eso, Ulios, y muere!

Al pronunciar las últimas palabras apretó el gatillo de su arma. Soñó una detonación, brotó una llamarada y una cápsula vacía saltó al suelo. Pero yo seguía en pie. Pálido de terror, Karnath apretó nuevamente el gatillo y se repitió la detonación y la llamarada, y también otra cápsula vacía cayó al suelo. Karnath temblaba de terror.

Me llegó el momento de echarme a reír, y, mientras lo hacía, el terror se apoderaba más profundamente del rostro de los dos.

-Esas balas jamás me matarán, Karnath -dije.- Cuando hace unas horas entré en tu estudio las cambié por cartuchos de fogeo. Llámame, detonación, y nada más. No hay bala.

-¡Guardias, guardias! -gritó Karnath.

Nuevamente me eché a reír.

-Tú mismo los despediste para que no te oyeran matarme. Por eso ahora no oírán cómo te mato yo.

Etain corrió hacia la puerta, pero me anticipé a ella y cerré con llave. Luego me volví.

Karnath acababa de agarrar una pesada lámpara; pero, antes de que pudiera tirármela, me precipité sobre él y le retorcí la mano, haciéndole soltar la presa. Luchamos salvajemente, y aunque él era mucho más joven que yo, lo dominé como habría dominado a un niño. Yo no era ya un viejo tembloroso. La fuerza de todos los brazos de los moradores de la Atlántida parecía haberse concentrado en los míos.

Le rodeé con los dedos la garganta, apretando con terrible fuerza, y no pudo soltarse. La mujer nos miraba, paralizada de espanto. Y mientras tanto me fui acercando con mi carga a la ventana. Empujé a Karnath, poco a poco, doblándolo sobre el alféizar, hasta que al fin la mitad de su cuerpo estuvo sobre el vacío, y sus desorbitados ojos miraban aterrados.

-¡Dioses de la Atlántida, aceptad este sacrificio y la expiación! -troné, precipitando a Karnath por la ventana.

Vi como su cuerpo caía girando velozmente hasta que, al fin, se perdió en la oscuridad. Entonces me volví hacia la mujer.

Etain estaba aplastada contra la pared, con los ojos dilatados por el terror. Su belleza era sólo esto: terror. Sin embargo, se me acercó suplicando, humilde, temerosa...

-No me mates, Ulios -pidió.- Hubo un tiempo en que me amaste.

Acercóse más, insimulante.

-Sólo quedamos tú y yo, Ulios... pero aún podemos vivir muchos siglos, ser inmortales. Podemos transferir nuestros cerebros a nuevos cuerpos. Te amaré como ninguna mujer te ha amado. ¿Lo harás, Ulios? -¿Me perdonarás y vivirás conmigo?

La miré y sonreí. De un bolsillo saqué una negra tableta y me la tragué.

-¿Qué haces? -preguntó Etain.

Se lo expliqué.

-Acabo de tragarme un veneno sutil. Dentro de una hora estaré muerto, pues mi venganza y expiación han terminado. Tú formas parte de la expiación. No morirás; al contrario, vivirás dentro de ese cuerpo y envejecerás dentro de él. Sí, sabrás lo que es eso que tanto has temido, que, para evitarlo, destruiste la Atlántida. ¡Te harás vieja!

Marché hacia la puerta y la abrí.
-Ahora terminaré el relato de mi pecado y de mi expiación. Todo lo anterior lo tengo ya escrito. Luego moriré. Adiós, Etain.
-¡Ulíos! -gritó la que fue mi mujer.
Y mientras me dirigía a la puerta y la cerraba a mi espalda, oí nuevamente su ronco alarido:
-¡Ulíos!



Por Jean RAY

El frío soplo del viento activa la caída de las hojas en octubre. Las hojas muertas se adhieren a la superficie del parque, cubriendo parcialmente los bancos y cayendo sobre el gabán del viejo doctor Garrant, obstinado en esperar la caída de la tarde frente al minúsculo estanque abandonado por los patos.

Todas las tardes hacía lo mismo. Este parque de las afueras, olvidado por la ciudad invasora, formaba parte integrante de su vida.

Conocía todos los árboles que se elevaban por encima de los macizos en forma de husos, y había dado hasta nombre a los patos, cuya ausencia deploraba al presente.

Garrant había nacido y crecido en el barrio suburbial cuya única muestra esplendorosa podía decirse ser el parque.

De pequeñito, una vecina, la vieja Meggy, llevábale al parque, vigilando con desconfianza sus sencillos entrenamientos.

La vieja servíase hábilmente de sus temores infantiles para impedir que les tirase migajas a los patos del estanque o que invadiese la zona reservada a los jardineros y prohibida al público.

Había monstruos, le decía al pequeño, acechando en el fondo del agua, prestos a apoderarse de los imprudentes que se acercasen demasiado al borde, y la zona prohibida era un mundo desconocido, sombrío y silencioso, cuyo misterio causaba pavor y del cual ningún osa do volvía.

También le asustaba señalándole con el dedo una puerta carcomida como por la lepra.

-¿La ves, eh? Pues bien, ¡esa es la puerta del infierno!

-¿Y están ahí los diablos? -preguntaba el pequeño.

-¡Los diablos y los condenados!

-¿Los diablos les hacen daño?

-¡Sí, les hacen daño! Los queman... y ellos gritan y gritan sin parar...

Mucho tiempo después descubrió Garrant que aquella era la puerta de un cuartucho en el que los jardineros guardaban sus útiles de trabajo. Sin embargo, subsistió su aversión hacia la fealdad del sitio.

El banco sobre el que ahora se sienta es el mismo en que la vieja Meggy había tenido por costumbre erigir en su trono en virtud de ciertos derechos que imaginaba haber adquirido, y en el cual, más tarde, gustó Garrant de venir a leer, estudiar y, de vez en cuando, soñar un poco. Más tarde aún, bastante más adelante, humilde médico de barriada, soltero, esclavo de sus hábitos, continuaba siendo fiel al parque y al banco, como una golondrina a su nido.

El banco llegó a tomar su nombre: el banco del doctor Garrant.

El mundo misterioso de la vieja Meggy, despojado de sus horrores, había pasado a ser un refugio frondoso y florido enfrentado a la avidez urbana.

Una sola vez se vio alterada su verde y bella paz: el día en que se descubrió, bajo las hojas muertas del otoño, el cadáver de una niña. Una mano criminal, con una de las propias y hermosas trenzas rubias de la pequeña, la había estrangulado salvajemente...

El doctor se pone de pie con un poco de trabajo; el frío de la tarde le ha entumecido las rodillas.

Desde el otro lado del estanque, el guarda del parque, Sweeps, in móvil, apoyado en su bastón de hierro, le observa con sus enormes ojos rojos.

Garrant es uno de los raros clientes de la vecina taberna. Se reúne en ella con el viejo cobrador de impuestos, Leabrook, y hablan, como de costumbre, de las cosas pasadas.

-El otro día -dice Garrant- pensaba en Sweeps, el guarda del parque ¿Se acuerda usted de él?

-Ya quedó lejos -responde Leabrook.

-Treinta años o cosa así -opina el doctor.

-O más..., dice pensativo el otro.- ¡Oh, sí! El caso de la niña estrangulada en el parque. Recuerdo que hasta el último momento, Sweeps aseguró ser inocente. De cualquier modo, le colgaron.

-Es verdad -asiente el doctor-, le colgaron.

=====

Quando Garrant bordea el parque, la luna se eleva por encima del arbolado. Aparece muy grande, con una claridad casi dorada. El doctor ve que su banco está inundado de luz.

Tras vacilar ligeramente, se aproxima al banco. Es entonces cuando descubre a Sweeps. El claro de luna atraviesa el cuerpo del guarda, y, a pesar de que éste trata de esconder el rostro, Garrant ha visto ya perfectamente cómo sus enormes ojos rojos le miraban con fijeza.

Una mano traslúcida se posa sobre el brazo del doctor. Aprieta con tanta fuerza que se oye cómo crujen los huesos.

-Sweeps -solloza Garrant.- Fui yo quien mató a la niña.

Luego, ambos, marchan silenciosamente hacia el cuartucho de los jar dineros, cuya puerta se abre sola de par en par, como sobre goznes recientemente bien engrasados.

=====

Mrs. Geesel, que vive en una de las casas vecinas del parque, despierta sobresaltada, y dando con el codo a su marido, le pregunta:

-¿Has oído? Alguien ha gritado. ¡Dios mío! ¡Están gritando! ¡Están gritando!...

-Gatos -murmura el hombre, casi dormido. Sin embargo, apenas transcurre un segundo cuando rectifica: Pero no... ¡se grita! ¡Por mi fe; es verdad... están dando gritos!

Mrs. Geesel se precipita a la ventana y la abre. Ha vuelto a reinar el silencio. Mas ahora, un olor nauseabundo llega hasta ella.

-¡Puah! ¿Sientes esta pestilencia? ¡Qué olor más horrible!

-Estarán quemando desperdicios en los mataderos -dice su marido.

-¡Qué porquería! -refunfuña Mrs. Geesel, cerrando colérica la ventana.



EL VELATORIO

Se personaron en casa
con su fingida tristeza,
del muerto grandes amigos
para velarle con pena.

Los recibieron la viuda
y la familia directa,
a todos dando la mano
con afligida entereza.

A la alcoba do lucían
con lugubrez grandes velas,
los visitantes pasaban
para rezar con dolencia

ante el cadáver ya puesto
en una caja muy negra.
Allí sus caras hacían
trágico-cómicas muecas,

que algunas veces la muerte
ganas de risa despierta
con los contrastes hallados
en la macabra comedia.

Pasan y pasan visitas
con alternada frecuencia;
unos están un buen rato,
otros, sentados se quedan.

Algunos más luego marchan,
y van quedando en la vela
sólo unos pocos amigos
que más dolor aparentan.

Al que murió, ya tranquilo
en su triste alcoba dejan.
El velatorio transcurre
alrededor de una mesa,

más retiradas algunas
de las personas más viejas
con la intención de contarse
murmuraciones siniestras.

Que sólo dicen del muerto
cosas muy malas o buenas;
éstas las dicen en alto,
bajito dicen aquellas.

!Don Sisebuto era un santo!
!Mira que Inés era buena!
El pobre Juan ya descansa.
!Qué dadivosa era Petra!

!Era un señor que tenía
mucho caudal en haciendas!
!Era una santa muy grande,
y ahora la pobre está muerta!

Era don Luis embustero.
En el infierno está Elena.
Don Serafín era malo.
Memuda arpía fue Adela.

Don Rigoberto a la viuda
la viudedad sólo deja.
Del tal Fernando sus hijos
recogerán hipotecas...

Otros se dicen rumores
que son mentiras grotescas.
Otros murmuran con risas
que solapados silencian.

Son envidiosos a veces
los que mejor representan.
Hay que inventar las virtudes,
no hay qué decir qué se piensa.

Hay que ocultar los defectos;
hay que llorar por las buenas.
Hay que decir del difunto
lo que queramos o quieran...

Según se digan las cosas
así diremos las nuestras:
si las decimos muy altas
muchas personas se enteran;

si las decimos por bajo
se enterará quien tú quieras.
!Hay que enterarse de cosas
que hacen sufrir la conciencia!

De vez en cuando preguntan
para saber si quisiera
comer alguno una pasta
o bien beber una menta.

Algún muchacho pequeño
maleducado se inquieta;
a los mayores, pacientes,
el tal pequeño avergüenza.

El velatorio prosigue
la noche toda completa.
Cuantas más horas transcurren
menos se ve la tristeza.

Alguna vez alguien pasa
a ver al muerto, y comprueba
si se consumen normales
junto al difunto las velas.

También a veces ocurre
que permanezca una vieja
en el lugar donde al muerto
la muerte ya no le llega.

Con ser las horas tan largas
en general se comenta
de enfermedades y muertos,
de medicinas y muertas,

de los canarios que cantan
y de las grandes herencias;
de la familia apartada
y vergonzosas ausencias;

de los comercios de flores
y del que luto no lleva;
de las personas que vivas
diagnosticaron ya muertas...

Los que remisos pasaron
y no comieron galletas,
ni mal coñac se bebieron,
a la familia les ruegan

alguna taza de té
o de café de Guinea
para pasarse despiertos
el poco tiempo que queda.

La luz del día ya aclara
los pensamientos y aleja
la lugubrez de las sombras,
y finaliza la vela.

Cuando se marcha, un amigo,
antes de nuevo penetra
donde el difunto reposa,
y al despedirse comenta

a los dolientes, macabro:
-Cuando miré, yo dijera
que pude ver en sus ojos
una mirada siniestra...

Luego entrará el dicho amigo
en la vecina taberna,
y a la salud del difunto

-con quien corrió alguna juerga-,
se tomará dos copazos
de la cazalla más seca.

==== 0 ====

Joaquín PALACIOS ALBIÑANA.

Madrid, 13 enero 1982.



GRITOS... MAS GRITOS

"VARIAS PERSONAS me aseguraron haber oído gritos extraños, maldiciones horrosas, plegarias lastimeras y sordos bufidos que surgían por distintas alcantarillas y albañales. Los lugares por ellas mencionados quedaban, es verdad, bastante alejados entre sí, pero la acústica era sumamente especial en el Reino de los sueños."

(De "La otra parte. Una novela fantástica", por Alfred Kubin (1877-1959). Edit. Labor, S.A., Barcelona, 1974).

"MOMENTOS DESPUES se oyó un largo gemido, y la cabeza terminó de luchar: había muerto. Sus dientes continuaron apretando la manga, y, a pesar de toda su enorme fuerza, Kwairyo no pudo abrirle las quijadas. Con la cabeza colgando de una manga regresó a la cabaña. Y allí estaban juntos y en cuclillas los otros cuatro Rokuro-Kubis, y sus magulladas y en sangrentadas cabezas se habían unido a sus respectivos cuerpos. Tan pronto como le vieron aparecer por la puerta empezaron a gritar:

-!El sacerdote, el sacerdote!...

Y huyeron, saliendo por la puerta contraria, internándose en los bosques."

(Del relato "Rokuro-Kubi", en "Kwaidan", por Lafcadio Hearn (1856-1904), conjunto de fantásticas historias publicado en la Colección Austral, nº 217, Espasa-Calpe, Madrid, 1941.- De Hearn habréis encontrado ya en estas páginas una muestra muy elocuente de sus cuentos de miedo).

"LOS CAMPESINOS DECIAN que en las noches de luna llena se oía cantar a la sirena. Cantaba mejor que el ruiseñor, y fascinaba a los mozos que iban de camino por la orilla... Hubo algún muchacho que llegó de noche a casa gritando: "¡Ayudadme, que viene el hada corriendo tras de mí!.."

(De: "Tres historias del pazo de Lucencia.- III El caballero enamorado del Hada del Remanso", en "Cuentos para leer en invierno", por Anxel Fole, el excelente escritor galaico fallecido poco ha.-Selecciones Austral, Espasa-Calpe, Madrid, 1986).

"DURMIOSE Y TUVO SUEÑOS fantásticos. Al despertarse lanzó un grito de terror; sus pies no se apoyaban en el suelo; el mundo se había trastornado, y la tierra era el cielo, mientras que el firmamento se presentaba bajo él.

"El muchacho se agarró instintivamente a la yerba, mirando con horror en torno suyo. Los árboles estaban patas arriba, y sus padres quizás se habrían caído al firmamento. Vió una araña que andaba tranquilamente y decidió imitarla, poniéndose a gatas, y agarrándose a la yerba llegó a su casa."

(De: "Viendo el mundo al revés. Un defecto óptico curioso", publicado en la revista semanal "Alrededor del Mundo", Madrid, nº 293, de 12 de enero de 1905).

OTROS GRITOS:

"El grito lejano" ("The Far Cry"), por Fredric Brown.

"El grito silencioso" ("The Silent Scream"), por Michael Collins.

"El grito" ("The Showt"), por Robert Graves.

"El grito de la lechuza" ("The Cry of the Owl"), por Patricia Highsmith.

== 0 ==

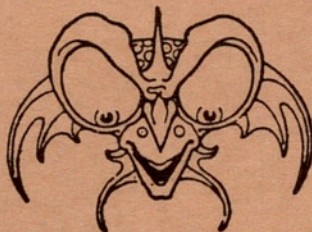
GRITADORAS.- Fantasmas de los naufragos, que -
los habitantes de la isla de Sai-
na en Bretaña creen oír pedir sepultura durante e-
se sordo mugido que precede a las tempestades. Los
antiguos bretones decían: "Cerremos las puertas, -
óyense ya las gritadoras y la tormenta les sigue".
(Tomado de "Diccionario Infernal", por Collin de -
Plancy, 1783-1881.)

=====

ILUSTRACIONES DE: Pág. 3, E. Munch.- Pág. 7,
A.R. Tilburne.- Págs. 8 y 10,
Federico Palacios.- Pág. 11, Boris Dolgov.- Pág. -
13, Hokusai.- Pág. 17, B. Dolgov.- Pág. 19, Jack -
Binder.- Págs. 20, 21 y 22, Antonio Rubino.- Págs.-
24 y 25, Guadalupe Posada.- Pág. 28, Frank R. Paul
Pág. 29, D. Bas.- Pág. 32, Hannes Bok.- Pág. 41, Je-
sús Sánchez Tena.- Pág. 48, Hannes Bok.- Pág. 50,
Rubino.- Pág. 53, G. Posada y Hokusai. (Nuestra
ad a todos.)

=====

UN GRITO por ahora... Fácilmente daréis un
GRITO de admiración
al descubrir el contenido del nº 4 de "EXCALIBUR",
Informativo de Temas Célticos y Artúricos.
Noticias sobre libros, cine, música, hombres y
mitos y leyendas del mundo céltico. Aventu-
ras y fantasía están presentes también).- Pedidlo a
su editor: Jesús Palacios Trigo, c/Portalegre, 70,
b. dcha. 28019 - Madrid.- (Aviso: nos dicen que no
quedan muchos ejemplares disponibles.)



GRITOS... MAS GRITOS

"VARIAS PERSONAS me aseguraron haber oído gritos extraños, maldiciones horrosas, plegarias lastimeras y sordos bufidos que surgían por distintas alcantarillas y albañales. Los lugares por ellas mencionados quedaban, es verdad, bastante alejados entre sí, pero la acústica era sumamente especial en el Reino de los sueños."

(De "La otra parte. Una novela fantástica", por Alfred Kubin (1877-1959). Edit. Labor, S.A., Barcelona, 1974).

"MOMENTOS DESPUES se oyó un largo gemido, y la cabeza terminó de luchar: había muerto. Sus dientes continuaron apretando la manga, y a pesar de toda su enorme fuerza, Kwairyo no pudo abrirle las quijadas. Con la cabeza colgando de una manga regresó a la cabaña. Y allí estaban juntos y en cuclillas los otros cuatro Rokuro-Kubis, y sus magulladas y en sangrentadas cabezas se habían unido a sus respectivos cuerpos. Tan pronto como le vieron aparecer por la puerta empezaron a gritar:

-!El sacerdote, el sacerdote!...

Y huyeron, saliendo por la puerta contraria, internándose en los bosques."

(Del relato "Rokuro-Kubi", en "Kwaidan", por Lafcadio Hearn (1856-1904), conjunto de fantásticas historias publicado en la Colección Austral, nº 217, Espasa-Calpe, Madrid, 1941.- De Hearn habréis encontrado ya en estas páginas una muestra muy elocuente de sus cuentos d.

"LOS CAMPESINOS DECIAN que en las noches de luna llena se oía a la sirena. Cantaba mejor que el ruiseñor, y fascinaba a los que iban de camino por la orilla... Hubo algún muchacho que llegó a casa gritando: "¡Ayudadme, que viene el hada corriendo tras

(De: "Tres historias del pazo de Lucencia.- III El caballero del Hada del Remanso", en "Cuentos para leer en invierno", de Fole, el excelente escritor galaico fallecido poco ha.- Selección, Espasa-Calpe, Madrid, 1986).

"DURMIOSE Y TUVO SUEÑOS fantásticos. Al despertarse lanzó un grito de terror; sus pies no se apoyaban en el suelo; el mundo se había tornado, y la tierra era el cielo, mientras que el firmamento estaba bajo él.

"El muchacho se agarró instintivamente a la yerba, mirando con horror en torno suyo. Los árboles estaban patas arriba, y sus padres quizás se habrían caído al firmamento. Vió una araña que andaba tranquilamente y decidió imitarla, poniéndose a gatas, y agarrándose a la yerba llegó a su casa."

(De: "Viendo el mundo al revés. Un defecto óptico curioso", publicado en la revista semanal "Alrededor del Mundo", Madrid, nº 293, de 12 de enero de 1905).

OTROS GRITOS:

"El grito lejano" ("The Far Cry"), por Fredric Brown.

"El grito silencioso" ("The Silent Scream"), por Michael Collins.

"El grito" ("The Showt"), por Robert Graves.

"El grito de la lechuza" ("The Cry of the Owl"), por Patricia Highsmith.

=== 0 ===

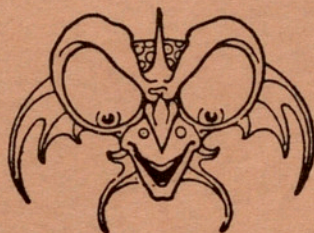
GRITADORAS.- Fantasmas de los naufragos, que -
los habitantes de la isla de Sai-
na en Bretaña creen oír pedir sepultura durante e-
se sordo mugido que precede a las tempestades. Los
antiguos bretones decían: "Cerremos las puertas, -
óyense ya las gritadoras y la tormenta les sigue".
(Tomado de "Diccionario Infernal", por Collin de -
Plancy, 1783-1881.)

=====

ILUSTRACIONES DE: Pág. 3, E. Munch.- Pág. 7,
A.R. Tilburne.- Págs. 8 y 10,
Federico Palacios.- Pág. 11, Boris Dolgov.- Pág. -
13, Hokusai.- Pág. 17, B. Dolgov.- Pág. 19, Jack -
Binder.- Págs. 20, 21 y 22, Antonio Rubino.- Págs.-
24 y 25, Guadalupe Posada.- Pág. 28, Frank R. Paul
Pág. 29, D. Bas.- Pág. 32, Hannes Bok.- Pág. 41, Je-
sús Sánchez Tena.- Pág. 48, Hannes Bok.- Pág. 50,
A. Rubino.- Pág. 53, G. Posada y Hokusai. (Nuestra
gratitud a todos.)

=====

ULTIMO GRITO por ahora... Fácilmente daréis un
GRITO de admiración
al descubrir el contenido del nº 4 de "EXCALIBUR",
Boletín Informativo de Temas Célticos y Artúricos.
(Hay noticias sobre libros, cine, música, hombres y
cosas, mitos y leyendas del mundo céltico. Aventura
y Fantasía están presentes también).- Pedidlo a
su editor: Jesús Palacios Trigo, c/Portalegre, 70,
b. dcha. 28019 - Madrid.- (Aviso: nos dicen que no
quedan muchos ejemplares disponibles.)





Depósito Legal n^o: M- 39438-1986
Imprime: Reprografía N. Politécnica
c/ Fernández de los Ríos, 95
28015 - Madrid